

Wittgenstein vs. Chomsky: To Shorten the Distance

JUAN JOSÉ ACERO

ABSTRACT

In this work the widely endorsed claim that the conceptions of language that the late Wittgenstein and Chomsky respectively shaped conflict with each other is rejected. On such a viewpoint, while Wittgenstein would have viewed language as a repertoire of actions articulated by social relationships, Chomsky understands language as a faculty of human's biological nature, just like the visual system. In the first six sections of the paper the main criteria resorted to support such an alleged incompatibility are deactivated: either they are coarse enough to make it impossible to render philosophical useful conclusions or they ignore central elements of both Wittgenstein's and Chomsky's philosophies of language. In particular, the confusion that undermines this debate is cleared up by lending attention to the kind of language rules that they respectively focus on. In the remaining sections an argument is built up that goes deeper in the latter criticism's implications. The argument zooms in on the assumption that language is a completely homogenous whole. Once this assumption is brought to light, the alleged incompatibility loosens its grip and nothing stands in the way of concluding that Wittgenstein's and Chomsky's conceptions of language are far from being fully opposite.

WORK TYPE

Article

ARTICLE HISTORY

Received:

24-January-2019

Accepted:

8-April-2019

ARTICLE LANGUAGE

Spanish

KEYWORDS

Language

Grammar

Rule

Innatism

Practice

© Studia Humanitatis – Universidad de Salamanca 2019

J. J. Acero (✉)
Universidad de Granada, Spain
e-mail: acero@ugr.es

Disputatio. Philosophical Research Bulletin
Vol. 8, No. 9, Jun. 2019, pp. 0-00
ISSN: 2254-0601 | www.disputatio.eu

© The author(s) 2019. This work, published by Disputatio [www.disputatio.eu], is an Open Access article distributed under the terms of the *Creative Commons License* [BY-NC-ND]. The copy, distribution and public communication of this work will be according to the copyright notice (<https://disputatio.eu/info/copyright/>). For inquiries and permissions, please email: (✉) boletin@disputatio.eu.

Wittgenstein vs. Chomsky: recortando distancias

JUAN JOSÉ ACERO

§1. Introducción

PARA MUCHOS ES UN LUGAR COMÚN de la filosofía de las últimas décadas que las respectivas aportaciones de Wittgenstein y Chomsky a propósito de la naturaleza de la mente y del lenguaje son difícilmente conciliables, incluso lisa y llanamente incompatibles. En estas páginas combatiré esa idea. Defenderé que sus propuestas filosóficas, no siendo complementarias sin más, se enriquecen mutuamente de un modo atractivo para quien esté interesado, al mismo tiempo, por las cuestiones de fundamentación filosófica y por los hallazgos de la teoría lingüística. El propio Chomsky pensó, en un momento muy temprano de su trayectoria como lingüista —al redactar su *Logical Structure of Linguistic Theory* (Chomsky 1955/1975, p. 39) y *Estructuras sintácticas* (Chomsky 1957/1974)—, que sus investigaciones gramaticales trataban de mediar en un entorno en el que destacaban, entre otras, las propuestas de Wittgenstein y de la filosofía oxoniense. La opción que subrayaba el antagonismo entre el análisis gramatical y las teorías del uso de las palabras era ajena al proyecto generativista. Su origen debe buscarse en otros lugares.¹ (La semántica no contaba aquí para Chomsky, pues en gran medida la absorbía la teoría sintáctica.²) Este juicio se respaldará en estas páginas con material procedente fundamentalmente de *El lenguaje y el entendimiento* [= *L&E*] (Chomsky 1972/1977), *Reflexiones sobre el lenguaje* [= *RsL*] (Chomsky 1975/1979), *Reglas y representaciones* [= *R&R*] (Chomsky 1980/1983), *El conocimiento del lenguaje* [= *CdL*] (Chomsky 1986/1989),

¹ La existencia de un atmósfera de opinión que veía en la Filosofía del Lenguaje Ordinario un proyecto contrario al saber científico es constatada en Grice (1986, pp. 53 y ss.). Es obvio que si se respira esa atmósfera, las perspectivas de Wittgenstein y Austin, de un lado, y la de Chomsky, de otro, parecerán opuestas la una a la otra.

² Cf. Chomsky (1955/1975; 1957/1974, pp. 102 y s.). La propuesta ha cobrado nuevo vigor desde la formulación y desarrollo del denominado Programa Minimista. Véase Chomsky (2000, *passim*); (2003, pp. 86 y ss.).

Language and Thought [= *L&T*] (Chomsky 1993) y *New Horizons in the Study of Language and Mind* [= *NH*] (Chomsky 2000). La distancia entre los puntos de vista de Chomsky y Wittgenstein sobre el lenguaje no es tan insalvable como podría parecer y como se ha creído que era.³

Parece necesario acometer esta labor, toda vez que la supuesta incompatibilidad de las posiciones de Wittgenstein y Chomsky acerca de la naturaleza del lenguaje y de su comprensión y uso se ha convertido en un tópico cuyos fundamentos no han sido suficientemente explicitados.⁴ Para corregir lo que considero un error de perspectiva, haré dos cosas. En primer lugar, en las secciones §§ 2 – 5 presentaré otras tantas líneas de argumentación favorables a la existencia de dicha incompatibilidad.⁵ En la sección siguiente (§ 6) señalaré una razón de fondo que podría hacerle pensar a un lector neutral que el fundamento de ese antagonismo es dudoso y que ha de surgir de haber pasado por alto alguna pieza central de la dinámica argumentativa. Finalmente, en §§ 7 – 9 presentaré mi principal argumento favorable a la posibilidad de conciliar las perspectivas de Chomsky y Wittgenstein. El argumento no demuestra que ambas posiciones deban asumirse, sino que tal opción no queda excluida por las razones que se esgrimen habitualmente. Las secciones finales (§§ 10 – 11) dejan espacio a maniobras dialécticas que acentúan los rasgos de algunas de las consideraciones hechas en las secciones precedentes.

No defenderé, por lo tanto, que los modos en que Wittgenstein y Chomsky entienden el lenguaje y la mente sean equivalentes ni total ni parcialmente. Me propongo socavar las bases de la extendida opinión de que estos territorios intelectuales están separados por una frontera insuperable. No hay tal muro. En concreto, espero que con el final de estas páginas resulte digna de tomar en consideración la idea de que algunas de las más centrales propuestas de Chomsky acerca de la naturaleza del lenguaje y de la mente son aceptables para quien piense sobre estos mismo temas *modo wittgensteiniano*. Y también a la inversa: que

³ Esta tesis general, sin elaboración alguna de los detalles que exige su defensa, se apunta en McGilvray (1998, pp. 228 s.).

⁴ Véase Glock (1996a: pp. 29, 71), Hacker (1996: *passim*), Moyal-Sharrock (2010) o Stegmüller (1969, pp. 533 s.), entre muchas otras referencias. La más destacable de todas es Wright (1989), que discutiré, sin embargo, en otro lugar. Pero también el propio Chomsky, aunque haya sido sólo una vez, ha dado pie a esta confusión. Véase Chomsky (1969).

⁵ No seré sistemático, pues dejaré fuera de consideración dos fuentes más de esa aparente incompatibilidad: (i) que Wittgenstein está comprometido con el externismo del contenido en su reflexión sobre el significado y el contenido mental, mientras que Chomsky es un internista paradigmático; y (ii) que Chomsky hace del significado un tema de investigación científica cuando es asunto de experiencia común.

un filósofo que simpatice con los puntos de vista de Wittgenstein no tiene por qué cerrarse en banda ante las propuestas de Chomsky. La frontera entre ambos territorios es porosa. Así, pues, en las páginas que siguen reiteraré, para los posibles lectores escépticos, la conclusión de un conflicto sólo aparente. La incompatibilidad entre ambos puntos de vista pareció un dogma irrefutable sesenta o setenta años atrás (cf. Hacker 1996, pp. 267 ss.). Hoy en día, en cambio, con la perspectiva que dan las décadas transcurridas, el lector que haya seguido la producción de Chomsky más allá de, pongamos por caso, Chomsky (1971; 1972/1975) y que no haga de la filosofía de Wittgenstein el credo de una secta, tiene a su disposición los recursos para transitar de un lado a otro de la línea divisoria.

§ 2. Prácticas, reglas, convenciones

Consideremos, para empezar, la principal fuente de conflictos: la supuesta centralidad de los conceptos de práctica, costumbre, regla o convención en el análisis de la naturaleza del lenguaje y en la explicación del significado de sus palabras y frases. A Wittgenstein se le invoca como uno de los principales promotores y defensores de esta propuesta. Aprender a usar una palabra es aprender sus reglas de uso, la práctica o prácticas de su empleo en situaciones más o menos nítidamente delimitadas. Adquirir el dominio de una expresión en un juego de lenguaje consistiría en adquirir el dominio de las reglas de su uso. Y esas reglas serían públicas, accesibles por igual en principio a todos los miembros de la comunidad lingüística, socialmente vertebradas. En momentos decisivos de las *Investigaciones filosóficas* Wittgenstein reitera este punto de vista cuando afirma que «[n]o puede haber sólo una única vez en que un hombre siga una regla. No puede haber sólo una única vez en que se haga un informe, se dé una orden, o se la entienda, etc. —Seguir una regla, hacer un informe, dar una orden, jugar una partida de ajedrez son costumbres (usos, instituciones)» (IF, § 199).

Chomsky, por su parte, parece oponerse a este punto de vista. Comencemos por el supuesto carácter *público* de las reglas del lenguaje. Chomsky entiende que la publicidad de las reglas es un hecho contingente (véase *RsL*, pp. 111 ss.). No es necesario que las reglas del lenguaje sean públicas. Podrían serlo *algunas* o muchas de ellas, pero no lo serán todas. Es más, incluso en lo que se refiere a estas segundas, los hablantes de una lengua pueden compartir reglas. De hecho, eso es lo que sucede; y no hay misterio en ello. Dada una dotación innata similar, las estructuras cognitivas que desarrollan las personas resultan semejantes, si las circunstancias en que se hallan se asemejan lo suficiente. Se entiende, entonces, que Chomsky afirme que «compartimos las reglas del lenguaje con otros de igual

forma que compartimos una determinada organización del sistema visual» (*RsL*, p. 112). Cuando se pasa por alto esta reflexión, se asume que cabe explicar que los usuarios de una lengua usen sus palabras y frases de un modo semejante aduciendo que el lenguaje se enseña y aprende a través del condicionamiento y el adiestramiento conscientes en un entorno social. Según esta otra opción, el peso de la explicación de por qué usamos palabras y frases como lo hacemos no lo sostiene una supuesta capacidad innata para el lenguaje, pues esa facultad sería irrelevante. Bastarían mecanismos *generales* de aprendizaje susceptibles de ajustarse a las condiciones y funciones propias de las correspondientes tareas cognitivas. Estas condiciones y funciones podrían diferir mucho entre sí, según se aprecia en el desarrollo del lenguaje y en la construcción del espacio perceptivo. Es bien sabido que para Chomsky la alternativa suscitada es errónea de principio a fin. En estos y en otros casos nos hallamos ante «sistemas que se desarrollan de una manera natural como una especie de instinto animal, para decirlo con el término de Hume, por completo sin elección consciente, sin razones (para el organismo) y, ciertamente, sin ninguna necesidad de adiestramiento ni condicionamiento (*RsL*, p. 113). Para algunos, el conflicto en este punto no puede ignorarse. Así, Moyal–Sharrock ha escrito, defendiendo la opción wittgensteiniana, que Chomsky simplemente ignora que el aprendizaje de una primera lengua es esencialmente social; que requiere que cada miembro de la comunidad lingüística del niño acomode sus disposiciones y reacciones primitivas, sus protojuegos de lenguaje⁶, en los moldes de los juegos de lenguaje propiamente dichos; que es así como el niño llega a asimilar y a aplicar los cánones de corrección de su comunidad lingüística (Moyal–Sharrock 2010; 2018). El aprendizaje del lenguaje consistiría en la adquisición de las reglas públicas de uso, siendo cada hablante adiestrado, y en ocasiones condicionado, a hacer tal cosa⁷. Frente a esto, Chomsky entiende que, al explicar el desarrollo de las estructuras [cognitivas] en cuestión en el individuo

[e]stamos tratando aquí de sistemas que se desarrollan de una manera natural como una especie de instinto animal, para decirlo con el término de Hume, por completo sin elección consciente, sin razones (para el organismo) y, ciertamente, sin ninguna necesidad de adiestramiento ni condicionamiento. La naturaleza de las estructuras que se desarrollan está determinada de antemano, en gran medida, por la organización mental biológicamente dada (*RsL*, p. 113).

⁶ El término se introduce en Canfield (1996).

⁷ Esta caracterización de la posición wittgensteiniana se matiza significativamente más abajo. Véase § 10.

Al rechazar semejante estrategia explicativa Chomsky discrepa del, a su juicio, estrecho vínculo de las prácticas en que el aprendiz es adiestrado con las disposiciones a las que da forma ese proceso de aprendizaje. Las reglas del lenguaje no constituyen un dominio en que se planteen «cuestiones de “elección”, o “razón” o “fines y propósitos”», de modo que nuestras disposiciones lingüísticas deban gobernarse por todo ello. «En general», afirma, «no existen tales prácticas» (*RsL*, p. 118). La pertenencia a una comunidad de lenguaje no se sustenta en una forma de acuerdo o concordancia de las respuestas de sus integrantes que adquiere forma y contenido por el adiestramiento o el condicionamiento.⁸ El punto de partida de su posición reside en el uso creador del lenguaje, esto es, el hecho de que los hablantes de la lengua producen y son capaces de entender palabras y frases que nunca antes han visto o escuchado, para cuya comprensión y uso no han sido ni condicionados ni adiestrados. Si seguimos reglas en tales casos —y Chomsky entiende que las seguimos—, éstas no pueden descansar en prácticas o disposiciones:

No hay prácticas, ni costumbres, ni hábitos, ni disposiciones, ni voluntades, ni preparaciones que nos lleven demasiado lejos en la explicación del uso creativo normal del lenguaje, tanto si consideramos las prácticas de un individuo como las de un grupo. Así, cualquier hablante de castellano está «provisto» de los medios necesarios [...] para pronunciar o comprender una oración cualquiera de las que hay en esta página, pero ni ningún hablante ni ningún grupo tienen una práctica o disposición para pronunciarlas en ninguna circunstancia. Lo mismo es válido incluso para las palabras aisladas, si nos tomamos en serio las nociones [de] «práctica» y [de] «disposición» (*RsL*, p. 116).

Parece que estamos ante dos concepciones del lenguaje que se contradicen la una a la otra. Para Chomsky el lenguaje es esencialmente un objeto natural, uno más entre otros «elementos del mundo natural, que ha de estudiarse con los métodos habituales de la investigación empírica» (*NH*, p. 106). Y la aplicación de esos métodos se traduce en el proyecto de identificar «los elementos del cerebro de [el hablante individual] dedicados al lenguaje —llamémosles la *facultad del lenguaje*» (*NH*, p. 117). Para Wittgenstein, el lenguaje es un objeto social vinculado a la acción. Su posición, con el énfasis puesto en las formas de vida que constituyen el caldo de cultivo de los usos del lenguaje, resultaría aparentemente difícil, si no imposible, de combinar con la perspectiva naturalista de Chomsky. La de Wittgenstein es afín al principio de que las palabras y sus usos son

⁸ Véase Smith (1999, pp. 158 s.)

instituciones sociales y, por tanto, productos culturales, no naturales.⁹ Esa y no otra sería la realidad de las lenguas humanas. Recuérdese, sin embargo, que Chomsky considera que éstas son meros epifenómenos: nada que pueda jugar un papel explicativo de la competencia lingüística del hablante y de los ejercicios intelectuales posibilitados por esa competencia.¹⁰

§ 3. Las reglas del Programa Minimista

Durante las décadas de los ochenta del pasado siglo Chomsky y sus colaboradores presentaron un novedoso modelo o marco de análisis gramatical, el Modelo de Principios y Parámetros; y en la década siguiente una sustancial vuelta de tuerca a este modelo, conocida como el Programa Minimista (Chomsky 1981; 1997). El Modelo de Principios y Parámetros ha supuesto para los estudios gramaticales, tal y como ha reiterado Chomsky, un avance muy superior al logrado en el ámbito de los estudios gramaticales en los dos milenios anteriores (Chomsky 2000, pp. 122 y s.; 2002, p. 23). A su vez, el Programa Minimista tiene como idea directriz la de que la arquitectura del lenguaje tiene un diseño óptimo desde un punto de vista biológico, que se manifiesta en el género de eficacia computacional que exhibe la facultad del lenguaje. Es importante llamar la atención tanto sobre el Modelo de Principios y Parámetros como sobre el Programa Minimista, porque en ambos casos juega un papel central la idea de que no hay *nada* como las reglas del lenguaje que resultan familiares en la discusión que ha dominado la filosofía del lenguaje desde los tiempos de Frege. Tal y como usualmente se entienden y aceptan, esas reglas no existen.¹¹ Sólo existen algunos principios generales, que serían propiedades de la facultad del lenguaje:

Estas ideas constituyen una separación radical de una rica tradición de alrededor de 2.500 años. Si son correctas, muestran que las lenguas encajan en el que viene a ser el mismo molde (*'are cast to very much the same mold'*), con un procedimiento computacional casi invariable y tan solo limitada variación léxica; *pero también que no hay reglas ni construcciones en el sentido tradicional*, que se hizo valer en la primera gramática generativa: no hay reglas

⁹ Aunque esta valoración es muy popular, seguramente por buenas razones, una articulación sistemática y detallada de sus diferentes aspectos es más difícil de encontrar. Para elaboraciones cuidadosas, aunque diferentes, del tópico, véase Thornton (1998) y Williams (1999). Esta lectura de Wittgenstein tiene también sus detractores, como Blackburn (1984) y Wright (1989).

¹⁰ Es un tema central de *RsL* el de que las lenguas humanas son lenguas-E. Véase *RsL*, cap. 2. Para una posición perfectamente contraria a la de Chomsky, véase Lewis (1986, p. 178).

¹¹ Sobre esto, véase lo que sigue y § 9, más abajo. Para una puesta al día de esta directriz, véase Berwick y Chomsky (2016, cap. 3). Sobre la pertinencia para el debate filosófico del abandono por Chomsky del concepto familiar de regla, véase Smith (1999, pp. 158 s.).

de formación de cláusulas de relativo en inglés, por ejemplo. Más bien, las construcciones tradicionales —la frase verbal, la cláusula de relativo, la pasiva, etc.— son artefactos taxonómicos, resultando sus propiedades de la interacción de principios más generales (Chomsky 2000, p. 123. El énfasis es mío. J. J. A.).

La última idea expuesta en esta cita es la que ahora importa. Las reglas del lenguaje, según se entienden habitualmente, son artefactos, es decir: expedientes carentes de toda significación teórica. El estatuto de las reglas del lenguaje sería como el estatuto biológico de los mamíferos terrestres o de los peces de acuario casero (Chomsky 2000, pp. 8, 23). El trabajo explicativo profundo demanda conceptos muy diferentes, no generalizaciones que sólo arañan la superficie de los fenómenos.

En efecto, de acuerdo con el modelo de Principios y Parámetros, la facultad del lenguaje contiene tan sólo una regla: «Muévase α » (siendo α un constituyente cualquiera que figure en una estructura lingüística S). Un constituyente puede ser un sintagma-*qu*, un NP, una categoría vacía, un sintagma pronominal, etc. Simplemente, la regla «Muévase α » es un recurso computacional cuya aplicación traslada, bajo ciertas condiciones, un constituyente de un constructo sintáctico —una combinación de constituyentes dispuestos en una determinada relación estructural— de una posición a otra. (El traslado deja una huella en la posición original del constituyente.) La regla nada dice, ni presupone, del posible valor referencial de α ni tampoco de las relaciones semánticas de α con otros constituyentes de S en la que α figure. La identidad de la estructura S , la de α y la del resto de constituyentes de la estructura está unívocamente determinada por sus propiedades formales, que son propiedades intrínsecas. En cierto sentido, las cosas no cambian sustancialmente con el Programa Minimista. Ciertamente, ahora ya no se cuenta con una regla como ‘Muévase α ’. Sin embargo, el recurso del que se dispone ahora da igualmente alas a la tesis chomskiana de que la teoría del lenguaje no cuenta con nada parecido a las reglas discutidas tradicionalmente por los filósofos. Dentro de este programa la única operación existente es la de Ensamblaje (*‘Merge’*). La operación toma dos objetos X e Y y los ensambla. Si X e Y son objetos disjuntos (es decir, sin partes comunes), la operación une Y a X , siendo el resultado un nuevo objeto con la forma o estructura $X \oplus Y$. ¿Qué naturaleza tiene la operación de ensamblado \oplus ? Puesto que el programa busca «el modo más simple de generación recursiva» (Berwick y Chomsky 2016, p. 70), una respuesta razonable es que ensamblar Y con X es considerar que $X \oplus Y = \{Y, X\}$. Y la de ensamblar Z con $\{Y, X\}$ con la de formar el conjunto $\{Z, \{Y, X\}\}$; es decir, $X \oplus Y = \{Z, \{Y, X\}\}$. Este recurso supone, ciertamente, una importante diferencia con el modelo de Principios y

Parámetros, pero algo sigue sin modificarse.¹² La regla de Ensamblaje es un recurso computacional que en nada se asemeja al tipo de reglas que han servido para ilustrar y llevar adelante el debate filosófico.¹³ Nada sobre relaciones entre lenguaje y realidad —es decir, sobre palabras o expresiones y aquello a lo que se aplican—; nada que tenga que ver con usos contradictorios de una misma expresión; nada sobre errores categoriales; nada sobre las circunstancias en que resulta adecuado (o inadecuado) el empleo de una palabra o frase.

Parece oportuno concluir ahora que esta concepción del lenguaje, como realidad en lo esencial biológica, difícilmente puede conciliarse con la visión wittgensteiniana, en donde el énfasis se pone en el aprendizaje y seguimiento de reglas, la adquisición de procedimientos prácticos y técnicas.

§ 4. Significado *vs.* uso

Una nueva materia de conflicto se plantea a propósito de si el significado de una expresión es su uso; y de si explicar en qué consiste el significado de una expresión es explicar su uso o es otra cosa. Ambas consideraciones están sobre el tapete.¹⁴ Pocas dudas puede haber de la posición de Wittgenstein sobre este asunto, pues su opción está incondicionalmente del lado de la identificación del significado con el uso. En cambio, Chomsky parece estar contra ella. Es cierto que Chomsky comparte con Austin el juicio de que si alguien preguntara cuál es el significado de una palabra, responderíamos bien con un sinónimo bien describiendo aquellas circunstancias en las cuales esa palabra puede y aquellas otras en que no puede utilizarse. No obstante, no infiere de ello que el significado de una palabra sea su uso en el lenguaje, porque ese principio no nos dice «lo que razonablemente podemos querer saber acerca del significado de la palabra» (*RsL*, p. 247). Wittgenstein apuntaría que no hay nada más que tomar en consideración (pero véase más abajo, § 8). En cambio, Chomsky tiene una idea muy distinta en la cabeza. La analogía que ilustra el fundamento de su opinión abre una vía en la jungla del problema del aprendizaje del significado de las palabras:

[...] fijémonos en lo que ocurre cuando ponemos en marcha un automóvil. En este

¹² Para una visión más profunda de Ensamblaje, véase Hornstein (2017). Y para entrever las bases biológicas de esta regla, véase Berwick (2017).

¹³ Y esto incluye a Wittgenstein. Véase más abajo, §§ 6 – 7.

¹⁴ Glock, un filósofo muy cercano a Wittgenstein, acepta el hecho de que explicamos el significado de una expresión exponiendo su uso, pero rechaza que el significado *sea* el uso. Véase Glock (1996a).

momento tiene lugar un cambio de estado. Podemos investigar las características de este nuevo estado examinando los gases, el nivel de vibración, el movimiento del automóvil al pisar el acelerador, etc. Un estudio cuidadoso de la interacción entre yo y el automóvil que ha conducido a este nuevo estado sería poco ilustrativo. De modo parecido, cierta interacción entre yo y mi hijo provoca su aprendizaje (y, por lo tanto, su conocimiento) del español. Podemos aprender algunas características de este nuevo estado del modo que anteriormente hemos apuntado. Pero un estudio de la interacción entre yo y mi hijo que provoca la adquisición de este nuevo estado nos enseña muy poco acerca de lo que ha aprendido o acerca de qué tipo de organismo es (*RsL*, p. 246).

El argumento de Chomsky es el siguiente. El análisis del uso de una expresión nos enseña muy poco —o, en cualquier caso, algo insuficiente— del significado de esa expresión. Especificar este significado supone identificar las estructuras cognitivas —e. d., estructuras del cerebro descritas a cierto nivel de abstracción— que se hallan involucradas en su uso. Pero la descripción del uso no alcanza semejante objetivo, como tampoco arroja luz sobre el estado de la maquinaria responsable del movimiento del automóvil describir la interacción entre el conductor y éste. Por lo tanto, hay más en el significado de la expresión que su uso.

¿Cuánta discrepancia entre Chomsky y Wittgenstein exhibe este argumento? No una discrepancia que no pueda atenuarse significativamente. El principal argumento lo expongo más abajo (en la § 8). Sin embargo, cerraré esta sección con una segunda consideración —que vendría a complementar la que ahora dejo pendiente— que puede traerse a un primer plano llamando la atención sobre la frase de Chomsky «lo que razonablemente podemos querer saber acerca del significado de la palabra».¹⁵ Estas palabras revelan la idea de que el uso puntual, o incluso reiterado, de una expresión no necesariamente revela *todo* lo que importa del significado de una expresión. Wittgenstein no se opondría a esta declaración.¹⁶ Es interesante caer en la cuenta de que tampoco Chomsky lo haría, aunque por razones que parecen oponerse a las wittgensteinianas. Lo que el uso no revela supuestamente son las estructuras cognitivas de la mente/cerebro, los componentes del sistema subyacente y la organización en que se disponen en la facultad del lenguaje.¹⁷ Seguramente Chomsky exagera al decir que el análisis de

¹⁵ O también: «Podemos aprender *algunas características* de este nuevo estado del modo que anteriormente hemos apuntado» (La cursiva es mía. J. J. A.) Ambas pertenecen al texto acabado de citar.

¹⁶ De ahí la importancia que tenían para él los denominados *casos intermedios* (*IF*, § 122). Su investigación no consiste en el estudio de los fenómenos, sino en el de las *posibilidades* de los fenómenos (*IF*, § 90).

¹⁷ De hecho, Chomsky habla a menudo de la mente/cerebro, pues para él la mente es el cerebro descrito a un determinado nivel de abstracción. Esto es lo que ha defendido durante muchos años. Sin embargo, en su última producción filosófica ha preferido invertir los términos: el cerebro es la mente descrita en

las relaciones entre las palabras y frases y las circunstancias en que se aplican o entienden «nos enseña muy poco acerca de lo [que el hablante ha] aprendido». No obstante, hay que darle la razón en su crítica, si se desecha la réplica de que hay que distinguir el significado de las estructuras cognitivas que tienen la función de posibilitarlo.

Wittgenstein no entraría al trapo en este debate, pues no daría por bueno que el estudio de la estructuras cognitivas que hacen al caso, aunque importante –o incluso *muy* importante– en sí mismo, queda fuera del ámbito de competencias de la filosofía. En su opinión, la recomendación de entender el significado como uso nos *libera* de ataduras y hábitos conceptuales perniciosos. Además, la insistencia en que el significado *es* esto —una determinada estructuración cognitiva—, pero no lo otro —su aplicación en el contexto comunicativo—, o no solamente lo otro, no nos daría ninguna ventaja clara, pues sólo supondría el reconocimiento de que la teoría del significado, además de una componente empírica, tiene una conceptual. Aunque la linde que separa ambos tipos de cuestión cambia de lugar, alguien que se encuentre cómodo practicando la gimnasia wittgensteiniana podría aducir que al significado de «significado» no pertenece información de estructuras cognitivas intangibles salvo para el especialista, que la identificación del significado con el uso es una opción más natural y que se entiende mejor el conocimiento del lenguaje con sólo describir el uso de palabras y frases.

§ 5. La Paradoja de Kripke

Otro aparente abismo entre Chomsky y Wittgenstein parece abrirse con la archiconocida Paradoja Escéptica que Kripke ha atribuido al Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* (véase Kripke 1982). Kripke presenta el análisis de Wittgenstein del seguimiento de reglas como si dicho análisis ofreciera una salida a un reto de un filósofo escéptico en materia de significado. El escepticismo de esa salida se percibe en su estrecho paralelismo con una paradoja análoga acerca de la causalidad, a la que Hume habría dado a una solución escéptica. La paradoja de la que se hace eco Kripke puede ilustrarse del siguiente modo. En

un elevado nivel de *concreción*. Bennett y Hacker encuentran que el término ‘mente/cerebro’ induce a error, pues con él se asume que la mente es lo mismo que el cerebro o que podría descubrirse que son la misma entidad (Bennett y Hacker 2003: 104). Comparto su rechazo de esta tesis, si no se la acota de alguna manera. En el caso que ahora nos ocupa, sin embargo, el empleo del término no nos hace correr el peligro indicado: no es la mente en general lo que nos concierne, sino cierta forma de competencia lingüística, entre otras que el hablante común ejercita, que, según Chomsky, tiene su base categorial en el cerebro.

primer lugar, supongamos que yo nunca he sumado, digamos 68 y 57, aunque tenga, por otra parte, una amplia y, finalmente, exitosa experiencia en sumar números naturales. A continuación, y partiendo de este supuesto, Kripke aduce y argumenta que «mi historia mental interna [y] mi comportamiento externo» (Kripke 1982, p. 21) avalan por igual tanto que afirme que el resultado de esa suma es 125 como que asegure que es otro distinto, por ejemplo: 5 (ó 588888888). Los argumentos que Kripke pone al servicio de esa empresa parecen darle la razón a Wittgenstein, cuando éste escribe: «Nuestra paradoja era ésta: una regla no podía determinar ningún curso de acción, porque todo curso de acción puede hacerse concordar con la regla. La respuesta era: Si todo puede hacerse concordar con la regla, entonces también puede hacerse discordar. De donde [se sigue que] no habría concordancia ni desacuerdo (*IF*, § 201). Con ello la Paradoja Escéptica está servida.

En *CdL* [= Chomsky (1989)] Chomsky media en este debate con argumentos dignos de atención, pero —que yo sepa— sin eco alguno¹⁸. Entre estas ideas hay una que parece poner de manifiesto la supuesta incompatibilidad de sus propuestas con las de Wittgenstein. El momento culminante de esa confrontación llega cuando Chomsky debate una supuesta solución de la Paradoja Escéptica a la que Kripke habría prestado mucha atención.¹⁹ Se trata de la solución disposicionalista, según la cual mi experiencia en calcular sumas, incluida la historia de mi adquisición de esta habilidad, me dota de la disposición a asentir a ' $68 + 57 = 125$ ', y a disentir de ' $68 + 57 = 5$ '. Esa disposición sería un “hecho que concierne a un individuo” (Kripke 1982, p. 39), que avalaría que entiendo '+' como expresión del concepto de suma y no del concepto de una operación aritmética diferente, como la que asignaría el número 5 a los argumentos 68 y 57. En el transcurso de su argumento contra la sugerencia de que la respuesta disposicionalista soluciona la Paradoja Escéptica, Kripke alude a ideas de Chomsky ampliamente conocidas. Ese argumento descarta que en esas ideas haya materia para una respuesta adecuada: “Nada en la noción de mi «competencia» según ha sido definida puede decirme nunca (*possibly*) qué alternativa elegir” (Kripke 1982, p. 30): si 125 ó 5. Si bien Kripke reconoce la dicotomía competencia/actuación lingüísticas, para él la noción de competencia es normativa y, como consecuencia de ello, inteligible sólo si previamente se comprende la de seguimiento de reglas:

¹⁸ A juzgar por la selección de los trabajos incluidos tanto en Holtzmann y Leich, eds. (1981) como en Miller y Wright, eds. (2002).

¹⁹ Véase Kripke (1982, pp. 22–37; *passim*).

El punto [crucial] es que nuestra comprensión de la noción «competencia» depende de que comprendamos la idea de «seguimiento de reglas» [...]. Wittgenstein rechazaría la idea de que «competencia» puede definirse en términos de un modelo mecánico o disposicional idealizado, y usado sin circularidad para explicar la noción de seguimiento de reglas. Sólo después de que se haya resuelto el problema escéptico de las reglas podemos definir entonces «competencia» en términos de seguir reglas. Aunque las nociones de «competencia» y «actuación» difieren de un escritor a otro, no veo ninguna razón por la que los lingüistas necesiten asumir que «competencia» se defina con prioridad al seguimiento de reglas (Kripke 1982, p. 31 nota).

Para Kripke el punto conflictivo es el de si cabe comprender qué sea ser competente en el uso de los recursos lingüísticos y conceptuales antes de comprender qué sea seguir una regla. Kripke atribuye a Wittgenstein la respuesta que excluye esa posibilidad. Chomsky, en cambio, piensa que ambos conceptos son recíprocamente independientes: ninguno de ellos implica el otro. Cada cual corresponde a un tipo de capacidad con condiciones de identidad propias.²⁰ La respuesta disposicionalista a la Paradoja Escéptica no sería para Chomsky una salida inadecuada de la paradoja, si no fuese porque, a su juicio, el concepto de disposición no es sino un recurso más de «los defensores del mito empirista» (*RsL*, p. 116). La idea de que las actuaciones de los hablantes son *efectos* de la activación de una disposición cuando se dan ciertas condiciones es un completo fracaso. Ello se debe a que un hablante puede no tener «ningún grado de disposición a proferir [una] expresión en las circunstancias que fueren» (*RsL*, p. 115. Chomsky cita aquí palabras de Grice.) Es falso que no haya ningún hecho que me concierna a mí («*no fact about me*») en virtud del cual el hablante, una vez que mi facultad del lenguaje ha madurado lo suficiente, es decir: que se haya conformado mi lengua-I, siga las reglas de la gramática. No es verdad que, de no haberlo, cada vez que sigo una regla «dé un salto en la oscuridad». Como tampoco lo es que, de no darlo, no diga nada al usar una palabra. Al escéptico se le replica reiterando que hay seguimiento de reglas sin *razones* que funcionen como avales. El saber que se manifiesta en el seguimiento de una regla carece de fundamento racional. Sigo reglas en virtud de la estructura de mi mente/cerebro:

Carezco de fundamentos ('*grounds*') para mi conocimiento, en un sentido general útil del término y no tengo razones para seguir las reglas, me limito a hacerlo. Si hubiera sido constituido de modo diferente, con una estructura diferente de mente/cerebro (*S'* en vez de *S*), habría llegado a conocer y seguir reglas diferentes (o ninguna regla) sobre la base

²⁰ Pero esto no significa que habitualmente esas habilidades se ejerzan por separado. Véase más abajo, § 7.

de la misma experiencia, o podría haber construido una experiencia diferente a partir de los mismos eventos físicos de mi entorno (*CdL*, p. 225; cf. también *CdL*, p. 248).

El género de seguimiento de reglas que tiene en mente Chomsky puede ilustrarse con los siguientes ejemplos.²¹ El primero surge de la comparación de las dos siguientes oraciones:

(1) Juan está seguro de que Pedro se irá

(2) Juan es seguro que se irá

A pesar del manifiesto parecido superficial de (1) y (2), ningún usuario competente del español usa (2) del modo en que lo hace con (1), a saber: para atribuir a Juan un determinado estado mental. Más bien, lo que sucede con (2) es que el hablante se vale de esta expresión para expresar su certeza de que Juan se irá. Esta competencia, extendida a la totalidad de la lengua, es lo que en Chomsky (1986/1989) se denominará la lengua-I (en este caso, el español-I de este o de aquel hablante del español). A este estado de su mente/cerebro se accede de forma espontánea, pues es efecto de la exposición a (datos de) esta lengua. Sin embargo, una vez en ese estado, tanto en el uso de (1) como en el de (2) el hablante sigue reglas sin fundamento racional alguno, reglas que gobiernan la actuación lingüística del hablante sin que éste haya sido adiestrado a hacerlo. En el seguimiento de las reglas involucradas en (1) – (2) el parecido superficial que hay entre ellas, contra lo que podría parecer, es irrelevante. Ello se debe a que la mente/cerebro del español-I está estructurada de tal forma que en la producción y comprensión de (1) media una representación como (1'), mientras que en la de (2) media una representación como (2'):

(1') [O [SN Juan] [SV está seguro de que [O [SN Pedro] [SV se irá]]]]

(2') [O [SN e] [es seguro que [O [SN Juan] [SV se irá]]]]

La diferente posición del constituyente [SN Juan] en (1') y (2') da cuenta de la

²¹ Los ejemplos proceden de *L&E*, pp. 268 ss.; 274 ss. En *CdL*, p. 248 el ejemplo de Chomsky es el de que un cierto tipo de oración en la cual un pronombre no puede depender para su referencia de una determinada frase nominal. Por ejemplo, en 'Juan le dijo que llamaría de inmediato a una ambulancia' el pronombre 'le' no tiene como antecedente referencial al nombre 'Juan'. El lector se apercebirá de que los argumentos que siguen surgen de una concepción de la facultad del lenguaje anterior a la presentada en el Modelo de Principios y Parámetros y en el Programa Minimista. Cf. más arriba, § 4.

diferencia existente entre las reglas que de algún modo guían la actuación lingüística de los hablantes del español a propósito de (1) y (2). (En (2) *e* es un elemento nulo.) Sin disponer de fundamentos para ello, los hablantes saben de la respectiva posición de ese constituyente en las representaciones (1') y (2'), saber que determina actuaciones sistemáticamente diferentes.

Un comentario análogo vale para el siguiente par de oraciones:

(3) Juan es capaz de convencer

(4) Juan es fácil de convencer

También aquí el parecido superficial de ambas oraciones es llamativo. Sin embargo, los hablantes no dudan acerca de lo que quieren decir con la una y la otra. Por ejemplo, ningún usuario competente del español entenderá que (4) expresa la idea de que Juan puede convencer fácilmente a cualquiera. Y ningún usuario del español entenderá que (3) expresa la idea de que es posible convencer a Juan. Chomsky da cuenta de estas diferencias en el seguimiento de las reglas respectivas. Que (3) implícitamente dice que Juan puede convencer a cualquiera corresponde al hecho de que la representación mental responsable del seguimiento de reglas por el hablante tiene un componente, e_j , para representar a las posibles víctimas de las habilidades de Juan:

(3') [O [SN Juan] [SV es capaz de [O [SN x] [SV convence a e_j]]]]

En cambio, la representación mental que empuja el seguimiento de reglas en (4) difiere, entre otras cosas, en la composición del constituyente final:

(4') [O [SN e] [SV es fácil [O [SN e] [SV convence a Juan]]]]

En (3') e_j es un trazo dejado por el movimiento del constituyente [SN Juan], mientras que en (4') e es un elemento nulo.

Juega un papel decisivo en el argumento de Chomsky el principio de que estos análisis se encuadran en «la psicología del individuo» (*CdL*, p. 247). Es decir, los hechos que determinan su *actuación* lingüística se constituyen en la mente de cada hablante. Por tanto, se trata de hechos que conciernen a cada hablante *por separado*, hechos en los que figuran como constituyentes propiedades intrínsecas de cada mente/cerebro. La competencia lingüística «es

un estado de la mente/cerebro individual (*CdL*, p. 247).²² Por su parte, la *competencia* en el seguimiento de reglas que, de acuerdo con Kripke, sería propia de la solución de Wittgenstein a la Paradoja Escéptica ha de entenderse como resultado de la pertenencia de cada hablante a una comunidad de usuarios del lenguaje. La insistencia de Wittgenstein en la imposibilidad de seguir reglas en privado parece conducir a la conclusión de que la Paradoja Escéptica la resuelven Chomsky y Wittgenstein de maneras incompatibles entre sí.

§ 6. Dos metáforas del lenguaje

El tópico de la incompatibilidad de las filosofías de Wittgenstein y Chomsky a propósito del lenguaje no se combate sin profundizar en las fuentes que lo alimentan. Es bien sabido que Chomsky considera que el lenguaje es un espejo de la mente (*RsL*, p. 3), y esta idea, si se malinterpreta la intención de las palabras que la expresan, parece difícil de conciliar con muchas de las reflexiones de Wittgenstein. Por ejemplo, afirmar que el lenguaje es un espejo de la mente es presentar una metáfora de una tesis mucho más comprometida: la Teoría del Doble Código. Es la tesis de que existen dos códigos, uno interno —una *lingua mentis*— y otro externo —el lenguaje público, la lengua común a los miembros de una comunidad lingüística—, y que éste es el medio por el que se trasvasan los contenidos de las oraciones de la mente de un hablante a la de otro. Sin embargo, el Wittgenstein post-tractariano se opuso frontalmente al modo de concebir las relaciones entre mente y lenguaje —o entre pensamiento y lenguaje— que avala la Teoría del Doble Código, señalando que el lenguaje es el vehículo del pensamiento: no el medio en el que se trasvasa, sino el medio en el que se articula.²³

Nada de todo esto, sin embargo, parece estar en la mente de Chomsky cuando dice entender el lenguaje como un espejo de la mente. El sentido que da a la metáfora del espejo apunta a otro blanco. Su perspectiva es la de que hablar y entender una lengua son capacidades, sostenidas en buena medida por un estado de la mente (o del cerebro), que resulta de la maduración de una facultad específica —la facultad del lenguaje—; y que el estudio de esas capacidades debe

²² Smith subraya bien este importante tema cuando dice que «un supuesto básico de la teoría chomskiana» es el de que la noción de lenguaje que la teoría gramatical investiga «es la [de] el lenguaje de un individuo, no [la de] el lenguaje de una comunidad o de un país o de un período de tiempo» (Smith 1999, p. 10).

²³ Véase, por ejemplo, *IF*, § 329. He expuesto las objeciones de Wittgenstein a la Teoría del Doble Código en Acero (2003). En lo que se refiere a Chomsky, no me consta que haya mostrado preferencias alguna por esta teoría. Por el contrario, su rechazo de que el lenguaje es un instrumento de comunicación de los pensamientos se hace patente en distintos lugares de su obra. Véase más abajo, en esta misma sección.

permitirnos identificar los componentes y la estructura de la facultad de la que deriva.

De este modo, el lenguaje es un espejo de la mente en un sentido profundo y significativo: es un producto de la inteligencia humana, creado de nuevo en cada individuo mediante operaciones que se encuentran más allá del alcance de la voluntad o la conciencia.//Mediante el estudio de las propiedades de las lenguas naturales, de su estructura, organización y uso, podemos tener esperanza de llegar a un cierto grado de comprensión de las características específicas de la inteligencia humana (*RsL*, p. 13).

No se trata, entonces, de la implicación de dos niveles de *contenido* en los procesos de comunicación, pues no es ésta una cuestión de *contenidos*, sean públicos o limitados a un hablante. En el lenguaje se refleja la estructura, organización y funcionamiento de la inteligencia, la facultad de cognición de la especie humana —lo que los clásicos llamaban el Entendimiento—, lo cual posibilita que mediante la investigación del primero se pueda avanzar en el conocimiento de la segunda. Es decir, que a través del estudio del producto se ilumine, al menos en parte, la facultad que lo produce.

La precisión introducida explica que Chomsky se oponga a la doctrina, tan popular, de que el lenguaje es un medio de *comunicación*. (Si se generaliza, la doctrina desemboca en una concepción instrumental del lenguaje.) Porque esta doctrina es un *aliado* natural de la Teoría del Doble Código. Wittgenstein se opone a esta teoría y también, por tanto, a una visión instrumental del lenguaje. Mejor que un *instrumento* de comunicación de pensamientos, es un *vehículo* del pensamiento (cf. nota 2). Chomsky, que también se ha manifestado de esta manera en tiempos más recientes, ha optado en sus obras clásicas por seguir otra línea crítica. El lenguaje no es un instrumento para cumplir determinados fines de sus usuarios, si esto quiere decir que el lenguaje sea *necesario* o «“conceptualmente esencial”» (*RsL*, p. 110) para la transmisión de contenidos. Simplemente, la comunicación de pensamientos «es una de las funciones del lenguaje» (*RsL*, p. 108), «una de las funciones a que puede servir el sistema [... pero] no es en modo alguna la única función» (*RsL*, p. 111). De hecho, el lenguaje puede usarse con una finalidad diferente de la comunicativa. Más aún, el lenguaje puede utilizarse sin ninguna finalidad en absoluto. La confusión de la teoría del lenguaje con la teoría de la comunicación da pie a estos errores. En la pura contemplación, en la investigación, en el intercambio comunicativo social habitual, en la planificación y guía de las propias acciones, en la escritura creativa o en la expresión sincera para con uno mismo, por ejemplo, las palabras se usan con el significado que poseen, con independencia de otros fines que puedan

perseguirse con ellas en otras ocasiones.

Plantear la cuestión de la incompatibilidad de los puntos de vista de Chomsky y de Wittgenstein en este terreno es un proyecto sin perspectivas de progreso. Ni uno ni otro hacen suya, o caminan en dirección al compromiso con, la Teoría del Doble Código. Ni uno ni otro aceptan que la esencia del lenguaje sea la de instrumento para la comunicación de pensamientos.

§ 7. Tomando en serio el racionalismo de Chomsky

En las páginas que restan voy a defender que ninguno de las incompatibilidades señaladas hasta el momento basta para refutar la tesis de que el conflicto es meramente aparente. Es decir, rechazaré que Chomsky y Wittgenstein piensen de maneras irreconciliables sobre el lenguaje y la mente humanos. Mostraré que los términos en que se plantean esos conflictos son, por lo general, inadecuados y con frecuencia excesivamente toscos, una vez que ciertos principios de Chomsky —usualmente pasados por alto o no suficientemente sopesados— se toman en serio y se hace que jueguen un papel central en el debate. La pieza maestra que falta para acabar de perfilar la tesis que se defiende en estas páginas se halla en el Racionalismo de Chomsky. Esta perspectiva filosófica incluye entre sus afirmaciones fundamentales la de que el lenguaje es una facultad del entendimiento humano. Como consecuencia de ello, una teoría de esa facultad, es decir: la gramática de ese lenguaje, es una teoría del entendimiento humano. El matiz corrector que es necesario añadir a esta declaración es que la gramática es *uno* de los componentes de una teoría del entendimiento humano, *uno* de los factores que hacen posible la comprensión y producción del lenguaje. Llegado a ese estado, al que Chomsky llama *lengua-I* (por ‘lengua interior’), el hablante individual ha adquirido la facultad de entender y producir de manera creativa la lengua de su comunidad, a la que Chomsky denomina *lengua-E* (por ‘lengua exterior’). Esta importante idea —la de que la lengua-I es uno de los factores involucrados en la actuación lingüística— la ha presentado y defendido Chomsky en muchos lugares. Ya en un momento relativamente temprano, había afirmado que la facultad innata del lenguaje “construye una gramática sólo en conjunción con otras facultades mentales” (*RsL*, p. 68). Es decir, en conjunción con otras facultades mentales, la Gramática Universal acaba, en condiciones normales, dando forma a la competencia o creatividad que el hablante de la lengua pone de manifiesto en su actuación lingüística. Esa forma es el estado propio de la lengua-I. De este modo, la lengua de cada individuo «sólo puede ser el resultado de la acción recíproca de diversas facultades mentales, una de las cuales es la facultad del lenguaje» (*RsL*, p. 71). Hasta tal punto es estrecha esa conjunción

para Chomsky que entiende que es perfectamente posible que en la competencia que el hablante exhibe no pueda distinguirse la parte que aporta la lengua-I de la contribuida por otros sistemas mentales.²⁴ A mi juicio, esta conjunción de componentes ha de pasar ahora a primer plano.

La íntima relación entre la lengua-I y otras facultades mentales, entre la gramática de la lengua y otros sistemas mentales, no significa, según Chomsky, que la primera no tenga realidad independiente. Todos ellos existen de forma autónoma, pudiéndose investigar de manera que se reconozca ese carácter. Por ejemplo, abstrayendo la contribución de la gramática de la de aquellos componentes con los que interactúa. En definitiva, la contribución de la gramática de la lengua, esto es: la aportación de la lengua-I, no depende de la que hagan otros sistemas mentales. Este principio de autonomía es lo que subyace a la importante distinción entre los aspectos *computacionales* de la lengua y el *sistema conceptual* que encuentra aplicación en el uso que hace el hablante de ella. O de otro modo: entre la lengua-I, que constituye el «núcleo» (*CdL*, p. 43) de la competencia lingüística, del conocimiento del lenguaje, y lo que de un modo bastante vago Chomsky denomina el *sistema conceptual* o el *sistema de creencias* del usuario.²⁵ ²⁶ *La tesis que defiende en este ensayo es que, cuando se toma en serio la distinción entre el sistema computacional y el sistema conceptual, los supuestos problemas de comunicación entre las ideas de Chomsky y las de Wittgenstein se diluyen en buena medida.* Consideremos esta distinción más a fondo antes de proceder a disolver tensiones.

El conocimiento de una lengua —dice Chomsky— no es una propiedad simple de cada hablante. Comprende competencias de diversas clases, de modo que ha de analizarse en diferentes componentes que interacción los unos con los

²⁴ «Mi propia opinión, que no deja de ser un primer ensayo, es que existe un sistema autónomo de gramática formal, determinado en principio por la facultad del lenguaje y su componente, la G[ramática]U[niversal]. Esta gramática formal genera estructuras abstractas que se asocian a «formas lógicas» [...] por otros principios de la gramática. Pero más allá de esto podría resultar muy bien que fuera imposible distinguir con claridad entre los componentes lingüísticos y los extralingüísticos del conocimiento y la creencia» (*RsL*, p. 71).

²⁵ En tiempos más recientes Chomsky ha distinguido entre el sistema cómputo-representacional (*'computational-representational'*) y los sistemas de creencias, «que enriquecen las perspectivas y puntos de vista para el pensamiento, la interpretación, el uso del lenguaje y otras acciones» (*NH*, p. 32). Véase también *L&T*, pp. 34 y s.; Chomsky (2003, pp. 24 y ss.), en donde se mencionan con mayor claridad algunos de esos otros sistemas. Smith tan sólo distingue entre «los procesos lingüísticos y los procesos pragmáticos (inferenciales)» (Smith 1999, p. 159). Pero esta distinción no se elabora más allá de estas palabras. En *NH*, Chomsky (2003) y Berwick y Chomsky (2016) Chomsky usa el término 'concepto-intencional' (*'conceptual-intentional'*) para referirse a estos sistemas exteriores a la facultad del lenguaje.

²⁶ Chomsky apostilla: «[...] a falta de un término mejor» (*R&R*, p. 54).

otros. *Uno* de ellos, el sistema computacional, la lengua–I, contiene las reglas que «forman construcciones sintácticas o patrones fonológicos y semánticos de diversos tipos, y [que] dan lugar al rico poder expresivo del lenguaje humano» (*R&R*, p. 54). En una publicación mucho más reciente, Chomsky presenta el mismo componente afirmando que a toda expresión de una lengua la gramática le asigna representaciones fonéticas y semánticas, teniendo el procesamiento consiguiente naturaleza exclusivamente formal, esto es, *sintáctica* o *internista*:

Los elementos de estos objetos simbólicos pueden llamarse rasgos «fonéticos» y «semánticos» [...] pero deberíamos tener en mente que todo esto es sintaxis pura y completamente internista. Es el estudio de representaciones y cálculos mentales, del mismo modo que lo es la investigación de cómo la rotación de la imagen de un cubo en el espacio está determinada por las estimulaciones en la retina, o por la imaginación (*NH*, p. 125).

Es decir: el componente estrictamente gramatical genera representaciones cuya identidad viene determinada por propiedades puramente formales. Estos objetos, pese a su carácter esquelético, contienen información relevante acerca de cómo se perciben las expresiones de la lengua y de cómo se entienden y usan. El procesamiento de toda esta información toma en cuenta únicamente propiedades formales o estructurales de las representaciones que sirven de vehículo para esta información. En este sentido, dice Chomsky, todos estos procesos y los productos que resultan de ellos son *sintácticos*. En la generación y transformación de representaciones hay contenido, sea de naturaleza fonológica o semántica, pero tan sólo en la medida en que ese contenido queda codificado por rasgos o propiedades sintácticas, es decir, rasgos o propiedades formales o estructurales. Además, se trata de un contenido *internista*, esto es, no sobreviene de procesos o propiedades del entorno natural o social del agente. De otro modo: diferencias en el entorno natural o social del hablante no tienen por qué traducirse en diferencias entre las propiedades formales de las representaciones. Es contenido sintácticamente codificado; y la sintaxis ‘está en la cabeza’ del hablante.²⁷

El segundo componente del conocimiento del lenguaje es el sistema conceptual o los sistemas de creencias del individuo. Este sistema —simplificando mucho— contiene ingredientes que pertenecerían a la facultad del lenguaje e

²⁷ Bilgrami (1992) contiene una formulación sumamente representativa de la forma de externismo de la que es partidario Chomsky. La preferencia de Chomsky por la posición filosófica de Bilgrami se evidencia en *L&T*, pp. 17 y s.

ingredientes que serían ajenos a esa facultad. El ejemplo típico de la primera clase es el sistema de relaciones temáticas —la teoría θ del Modelo de Principios y Parámetros, que determina la estructura argumental de las expresiones simples de la lengua que funcionan como predicados—: el sistema que asigna papeles temáticos (AGENTE, INSTRUMENTO, OBJETIVO, PACIENTE, etc.). Se trata de un componente de la gramática que explica la ambigüedad de frases como (5) y (6) o de la diferencia entre (7) y (8):

- (5) prisioneros rusos
- (6) la caza de los cazadores
- (7) Juan rompió la silla
- (8) Juan se rompió el brazo

En todos los casos, propiedades semánticas relevantes pueden elucidarse sin invocar más que propiedades puramente formales o estructurales.

En lo que respecta a los ingredientes del sistema conceptual que no pertenecerían a la lengua-I, Chomsky se ha interesado de forma creciente por el sistema de referencia a objetos y por las complejas sutilezas implícitas en el modo con las que han de familiarizarse los usuarios del lenguaje al hablar de los objetos, lugares o sucesos del mundo. Dos rasgos de ese sistema se reiteran en sus publicaciones. De un lado, las distintas maneras en que las relaciones de los seres humanos con su entorno determinan el significado de las palabras con las que ellos se refieren a dicho entorno —a propósito de lo cual Chomsky ha reiterado su deuda con los escritos de Moravcsik. Así, el sistema de referencia a objetos toma en consideración los criterios observacionales que los hablantes utilizan para identificar y reconocer los referentes de sus palabras, las interacciones con otros hablantes, el uso que hacen de los objetos que tienen a mano, las habilidades que han de emplear para gestionar su actuación en el mundo que les resulta próximo o las pautas que emplean para clasificar las cosas, situaciones, estados de cosas y demás. Todo esto, no en términos absolutos, sino en función de cómo afectan a sus necesidades e intereses dentro de los márgenes de lo que no puede sino ser una necesariamente limitada experiencia.²⁸ De aquí se sigue un análisis de las palabras mediante las cuales hablamos del mundo en términos de su origen, constitución material, función, aspecto sensorial, etc. De otro, ha subrayado progresivamente la compleja red de sutilezas que exhibe nuestro

²⁸ En sus escritos, Chomsky remite a Moravcsik (1977) como fuente de estas ideas. Las propuestas de Moravcsik se encuentran más elaboradas en Moravcsik (1990), especialmente en su capítulo VI.

discurso —y nuestro pensamiento sobre las cosas—, sensible a todo tipo de contingencias propias de las situaciones de su uso. Así, considérese la oración (9):

(9) He pintado mi casa de marrón

El significado que un hablante quiera expresar y transmitir al proferir (9) no está unívocamente determinado por el significado literal de sus constituyentes y por su estructura sintáctica. La teoría gramatical proporciona un esquema de interpretación abstracto que puede rellenarse de diversas maneras en función de los intereses del hablante y de cómo conciba la situación en que se halla. No existe nada como los significados aislados de hacia dónde dirige el hablante su atención. Es un *leit-môti* ya clásico de Chomsky en este terreno que las palabras llevan consigo, como ingredientes o aspectos de su significado, «perspectivas intrincadas y altamente especializadas desde la cuales ver [los aspectos que el mundo tiene para el hablante]» (*NH*, p. 125). Aplicando esto al caso de (9), se debe tener en cuenta que el significado de sus palabras constituyentes no es independiente de si el interés del hablante está puesto en el interior o en el exterior de la casa. La dimensión exterior/interior presenta una opción marcada y una opción sin marcar. Si ninguna de las dos se menciona en la oración, entonces hay que entender que con (9) digo que he pintado el exterior de mi casa. Si me hallo en el interior de mi casa, puedo pintarla, cambiando el color de las paredes interiores. Una diferencia entre ‘pintar’ y ‘estar cerca’ es que, en el caso no marcado, no puedo estar cerca de mi casa, si estoy dentro de ella; pero sí cuando me hallo fuera. En cambio, en ciertas condiciones sí que puedo ver mi casa, aun estando dentro de ella, lo que pone al descubierto diferencias entre ‘pintar’ y ‘ver’. Todo lo cual, entiende Chomsky, es información que pertenece al lexicón del español. Y el lexicón es parte de esta lengua.²⁹

Una segunda clase de ejemplos que apuntan en la misma dirección la tenemos en los nombres de ciudades, como «Londres».³⁰ El uso de estos términos es esencialmente sensible a la perspectiva desde la cual el hablante recurre a él. Como nombre de ciudad, dice Chomsky, tiene propiedades curiosas que llevan a concluir que no hay nada que en sí mismo sea su referente. Lo que el nombre nombra, a saber: la ciudad de Londres, puede destruirse completamente y reconstruirse después, incluso mucho tiempo después, en el mismo o en otro

²⁹ Para los promotores y seguidores del Programa Minimista, la mayor parte de cualquier lengua.

³⁰ Véase *L&T*, pp. 22 y s. *NH*, pp. 21, 37 y s., 126 y s., 181.

lugar y, a pesar de ello, seguir siendo la *misma* ciudad: Londres. La ciudad puede considerarse desde la perspectiva de su población o cambiando el punto de vista, de modo que la ciudad no cambia, si sus habitantes la abandonan; o justamente lo contrario. Con «Londres» podemos hablar de un lugar o de un área, de gente que a veces vive en ese lugar, de su atmósfera, de sus edificios, de sus instituciones, y un largo etcétera. Y, a su vez, estas diversas opciones pueden combinarse entre sí de formas varias. Con «Londres» no nos referimos a una entidad con una identidad fija de una vez y para siempre, que posee con independencia de sus propiedades. Por el contrario, es la perspectiva del hablante la nos lleva a fijar nuestra atención en unas u otras de estas propiedades en cada ocasión de uso.³¹ Cada elemento del lexicón de la lengua, cada pieza léxica, está asociada a «una cierta gama de perspectivas para ver lo que entendemos que son las cosas del mundo» (*NH*, p. 36).

Estos dos ejemplos proporcionan un apunte de cuál es el perfil característico de los fenómenos para cuya comprensión habría que recurrir a la existencia y función del sistema conceptual. Por incompleto que sea el apunte, algo de luz arroja sobre todo ello la afirmación de Chomsky de que el sistema conceptual se integra en una facultad mental, que no sería parte constitutiva de la facultad del lenguaje, pero que nos capacita para lograr una comprensión de sentido común del mundo en el que vivimos. En general, entonces, nuestro conocimiento y uso del lenguaje es el resultado de la acción conjunta del sistema computacional — el núcleo constituido por la gramática— y del sistema conceptual o, generalizando, el sistema de creencias. Resumiendo:

[...] distingamos un sistema de reglas y representaciones «computacionales» que, hablando con precisión, constituye la facultad del lenguaje y un sistema de estructura conceptual organizado según las pautas indicadas. Los dos sistemas interaccionan. Así, ciertas expresiones del sistema lingüístico están ligadas a elementos del sistema conceptual y quizás las reglas del sistema lingüístico refieran a relaciones temáticas. No obstante, podría ser correcto para una teoría más completa de la mente distinguir estos sistemas como distinguimos el sistema visual y el circulatorio, aunque naturalmente interactúen. El sistema conceptual, por ejemplo, podría tener un papel central en todo tipo de actos y procesos mentales en los cuales el lenguaje no desempeña una función significativa, podría tener una base física distinta, una diferente historia evolucionista y demás (*R&R*, p. 55).

³¹ Estos y otros ejemplos se citan y analizan reiteradamente en *NH* [= Chomsky (2000)]. El ejemplo de (9) se trata en *NH*, pp. 34, 125 y s. He señalado el interés de estos y otros casos por el lugar que ocupan en el argumento mediante el cual Chomsky concluye que no existe nada como la relación referencial entre palabras y objetos, signos y entidades del mundo. Véase Pietroski (2003), (2005), (2006) y (2017) aportan consideraciones relevantes sobre este tema.

§ 8. Cómputos y conceptos

El movimiento liberador de la tensión de haber de elegir entre las ideas de Chomsky y las de Wittgenstein acerca de la naturaleza de la mente y del lenguaje comienza tomando en serio la distinción entre los sistemas computacional y conceptual implicados en el conocimiento de la lengua que tienen sus usuarios. Hay cuando menos dos sistemas que intervienen en la constitución del conocimiento del lenguaje: de un lado, la lengua-I o sistema responsable de los aspectos computacionales de dicho conocimiento —ilustrados por casos como las diferencias entre (1) y (2) o entre (3) y (4), pero también por (5) – (9)—; de otro lado, el sistema conceptual, o sistema de sentido común, responsable de cómo nuestro lenguaje y nuestros pensamientos se relacionan con el mundo. Quien no quiera tomar partido entre las ideas de Chomsky y las de Wittgenstein sobre la naturaleza del lenguaje y sobre el papel que desempeña la mente en su comprensión y producción, dispone de la salida de *considerar que las propuestas y los argumentos de Chomsky tratan fundamentalmente del sistema computacional —la gramática de la lengua—, mientras que los de Wittgenstein iluminan el uso del sistema conceptual. y sus condiciones.* (Pero hay que hacer constar de inmediato que esta división del ámbito de discusión es menos limpia de lo que sugieren estas palabras.) La competencia que Chomsky caracteriza lo es en la gestión de un procedimiento computacional y un lexicón. En cambio, el género de conocimiento de la propia lengua que se presenta en las reflexiones de Wittgenstein se refiere al modo en que usamos nuestras palabras y las ponemos en relación con el mundo, en que las entendemos e incorporamos a nuestro repertorio, tanto lingüístico como conceptual, y en cómo todo ello depende en cada caso de nuestra perspectiva sobre la situación en que tiene lugar. Así, pues, las aportaciones de Wittgenstein arrojarían luz sobre diversos aspectos del sistema conceptual. El interés de Chomsky por el lenguaje se centraría en las propiedades estructurales de éste y en lo que ello revela sobre la constitución de la mente humana. Wittgenstein, por su parte, llamaría una y otra vez la atención sobre la complejidad de las situaciones en que usamos los recursos expresivos de nuestra lengua y en cómo todo ello es inseparable de la perspectiva que tenemos de las cosas e indirectamente de nuestras formas de vida.³²

¿Hace este reparto de intereses virtud de la necesidad? Comencemos por reparar en las significativas diferencias que separan los casos con que ilustran

³² No estoy proponiendo que el sistema conceptual se *identifique* con la capacidad de participar en los juegos de lenguaje de los predicados de la lengua. Aceptar esto es dar un paso más allá de lo argumentado. No cabe ignorar la posibilidad de que el análisis de estos juegos sea sólo un aspecto de la investigación del sistema conceptual. Más sobre esto en § 10.

ambos autores sus puntos de vista. Los ejemplos puestos más arriba, (1) – (9), hablan por sí solos de cuestiones estructurales. De sintaxis, primero, y de semántica, en segundo lugar, en la medida en que las propiedades y relaciones semánticas se representan por medio de propiedades y relaciones *sintácticas*. Los ejemplos que Wittgenstein discute son enteramente diferentes. Tratan de las sutilezas —a menudo pasadas por alto— implícitas en el uso de términos o frases (o de la aplicación de conceptos) como los siguientes:

(10)	mesa	silla	pan	manzana	cubo
	pilar	losa	viga	allí	esto
	uno	dos	tres	cuatro	cinco
	seis	la	traer	tender	aserción
	orden	pregunta	poder	llover	descripción
	hablar	llamarse	número	color	longitud
	rojo	explicación	sepia	saber	estar claro ³³

Voy a detenerme en uno de estos ejemplos, el de la palabra ‘silla’, por dos razones: porque muestra, aunque sea de una forma extrema, qué interesa a Wittgenstein del uso de una expresión tan anodina a primera vista; y porque lo que concluye esa investigación tiene el máximo interés para Chomsky.

En *IF*, § 81 Wittgenstein considera el hipotético caso de que una silla aparezca y desaparezca repentina y reiteradamente. Primero, la silla está ahí, me acerco a ella e intento agarrarla. Entonces súbitamente desaparece. Un interlocutor apunta entonces que la supuesta silla era «alguna suerte de ilusión». Sin embargo, al cabo de un par de segundos vemos la silla de nuevo y podemos aferrarla. Tras ello el interlocutor apunta que la silla estuvo todo el tiempo donde está ahora, y que lo ilusorio fue que desapareciera. La cosa se complica cuando la silla vuelve a desaparecer. ¿Qué hemos de decir ahora?—se pregunta Wittgenstein. La investigación finaliza con la siguiente tanda de preguntas: «¿Dispones de reglas para tales casos —que digan si aún entonces se puede llamar “silla” a algo?; ¿y debemos decir que realmente no asociamos “silla” [a nada]? ¿Pero nos abandonan [las reglas] al usar la palabra “silla”? ¿Y debemos decir que realmente no asociamos ningún significado a esta palabra porque no estamos equipados con reglas para todas sus aplicaciones posibles?» (*IF*, § 81)

³³ Todos estos ejemplos proceden únicamente de *IF*, §§ 1 – 30.

Efectivamente, a la primera pregunta hay que responder que no disponemos de reglas para tales casos; no estamos equipados con reglas para todas las posibles aplicaciones de la palabra «silla». El uso de estas y otras palabras presupone una estabilidad, una constancia, por parte del mundo que no se da en el hipotético caso contemplado. Como consecuencia de ello, la regla o reglas de uso de muchas de nuestras palabras nos abandonan en situaciones en las que no se dan las condiciones vigentes en sus usos efectivos o en las situaciones posibles que estos usen proyecten.³⁴ Es interesante reparar en que Chomsky acepta plenamente este análisis: «[...] fijamos ciertos supuestos de hecho relativos al comportamiento de los objetos cuando los asignamos a determinadas categorías y los consideramos, por lo tanto, susceptibles de denominación o descripción./ Parece que por lo menos todos estos supuestos del sistema del entendimiento del sentido común están involucrados en la convención de que una cosa se denomina de cierta manera» (*RsL*, p. 74).

Chomsky llama la atención sobre estos supuestos y sobre la importancia de que se los reconozca, porque revelan un elemento —relativo al uso de la palabra «silla»— y también un principio o convención de nuestro sistema conceptual, del sistema que empleamos al gestionar las relaciones entre palabras y conceptos, de una parte, y el mundo, de otra. Si consideramos seriamente la propuesta de que las ideas de Chomsky y Wittgenstein sobre el lenguaje apuntan a distintas dianas, que las del primero tratan de la existencia y propiedades de un sistema computacional que constituye un elemento esencial de la mente humana, mientras que las del segundo llaman la atención sobre la complejidad de nuestro sistema conceptual, mucho del antagonismo entre ambos puntos de vista se atenúa o disuelve.³⁵

§ 9. De nuevo el Programa Minimista

El alcance del argumento que acaba de presentarse no se ve afectado por el cambio que supuso para la investigación gramatical el lanzamiento del Programa Minimista a mediados de la última década del pasado siglo (en Chomsky

³⁴ Wittgenstein (1987: §§ 149 ss.) proporciona un ejemplo de parecida complejidad.

³⁵ Esto no significa que Chomsky no se haya interesado por la naturaleza del sistema conceptual. Sus *New Horizons in the Study of Language and Mind* [*NH* = Chomsky 2000] contienen numerosas observaciones sobre casos variados. Antes de *NH* encontramos algún material de interés en los capítulos 2 y 4 de *RsL*. El Chomsky que emerge en muchas de estas páginas muestra una afinidad sorprendente con el estilo y modo de hacer wittgensteinianos. Los pasajes más extensos en esta dirección se hallan en *L&T*, pp. 22 ss. y en *NH*, pp. 125 ss. Un factor determinante de este cambio suyo de actitud lo constituye el trabajo de James Pustejovsky sobre el lexicon. Cf. Pustejovsky (1995).

1995/1998). La tesis de la separación entre el sistema computacional y el sistema de las relaciones lenguaje–realidad sigue vigente. Y también lo hace la tesis de que en cualquier episodio particular de actuación lingüística de un hablante están implicados ambos sistemas. El Programa Minimista sitúa ambas tesis en una perspectiva nueva. No es sólo que, siguiendo el Modelo de Principios y Parámetros, se prescindiera de los conceptos de regla y de constituyente gramatical —un paso verdaderamente fundamental. Lo novedoso de este programa es que requiere que tanto la facultad del lenguaje en su estado inicial como su despliegue en la lengua–I han de investigarse desde la condición de que poseen diseños óptimos. La pregunta a la que estas investigaciones habrían de responder es la de en qué medida es perfecto el lenguaje, esto es, hasta qué punto cumple condiciones naturales óptimas y, por lo tanto, es parte de un sistema de relaciones muy simples (*NH*, p. 123; Chomsky 2002, pp. 24 y s.). En *CdL* Chomsky partía de la situación metodológica en la que se encontraría un científico extraterrestre que llegara a nuestro planeta y tomara nota de la creatividad de la actuación lingüística de los hablantes, en particular de cómo tiene lugar el desarrollo de su competencia y su actuación. Con el Programa Minimista el planteamiento metodológico cambia sustancialmente: en lugar de postular una facultad del lenguaje que madura hasta alcanzar el estado de conocimiento del lenguaje —la lengua–I—, la pregunta del millón es la de cuál sería el diseño óptimo de esta facultad: «Si imaginásemos un superingeniero, al que diéramos las condiciones mínimas que la facultad del lenguaje debe cumplir; y si este ingeniero pudiera dejar a un lado toda suerte de limitaciones biológicas o de cualquier otro tipo, y tuviera que dar con la solución perfecta a estas condiciones, ¿en qué medida se asemejaría la facultad humana del lenguaje a esta solución, a la solución óptima?» (Chomsky 2002, p. 24). La siguiente pregunta es qué condiciones ha de satisfacer una conclusión para considerarse obvia. Parte de la respuesta se ha presentado más arriba (en la § 3). La facultad del lenguaje debe consistir en un sistema computacional simple al máximo, pero que pueda generar infinitas expresiones del lenguaje —es decir, que sea recursivo—. La regla de Ensamblaje proporciona la operación computacional deseada, pues ni dispone los elementos que ensambla, esto es: los átomos del lexicón del lenguaje, en ningún orden particular ni tampoco los modifica. Esta es, sin embargo, sólo una parte de la respuesta. La otra es que el sistema computacional, lejos de hallarse aislado, se comunica con otros dos sistemas de la mente (o del cerebro): el sistema articulatorio–perceptivo y el sistema conceptual (o concepto–intencional). La comunicación se establece al asociar el sistema computacional con cada expresión *E* dos representaciones, cada una de ellas de una clase o tipo particular: una de ellas, PHON(*E*), será interpretada por el sistema fonético–

fonológico; la representación restante, $SEM(E)$, por el sistema semántico–pragmático. $PHON(E)$ es la información que necesita el hablante para identificar o producir el sonido de E ; $SEM(E)$ es información de aquellos aspectos del significado de E que dependen tan sólo de propiedades intrínsecas del hablante. $PHON(E)$ pertenece al interfaz entre el sistema computacional, o lengua–I, y el sistema fonético–fonológico; $SEM(E)$ pertenece al interfaz del sistema computacional con el sistema semántico–pragmático. Los productos del sistema computacional han de ser *legibles*: han de poder ser «entendidos» por uno y otro sistema. De otro modo, ambos sistemas han de poder utilizar $PHON(E)$ y $SEM(E)$ como instrucciones para la articulación sonora y percepción de E y para que E desempeñe una función en el pensamiento y la acción del hablante, respectivamente (Chomsky 2000: 9). Esta es la forma en que el Programa Minimista reconstruye la clásica doctrina aristotélica de que el lenguaje es un conjunto de expresiones que llevan aparejadas sonido y significado (Chomsky 2000, p. 10; 2016, pp. 66, 101).

Consideremos ahora $SEM(E)$ con algo más de detalle. Esta información, incluida en la lengua–I del hablante, es utilizada por otros sistemas, exteriores a la lengua–I, aunque también integrantes de su mente cerebro: el sistema conceptual. Si bien Chomsky dice reiteradamente que poco o nada se sabe de este sistema, dos de sus afirmaciones sobre él deben traerse a colación aquí. La primera, de carácter muy general, es que la información de $SEM(E)$ a la que accede el sistema conceptual «nos permite a la vez hacer todo lo que se hace con el lenguaje: expresar los pensamientos, hablar acerca del mundo, lo que fuere» (Chomsky 2003, p. 24). O bien: los rasgos de $SEM(E)$ «enriquecen las perspectivas y puntos de vista *para el pensamiento, la interpretación, el uso del lenguaje y otras acciones*» (NH, p. 32. La cursiva es mía. J.J.A.). El énfasis se pone en los recursos cognitivos que se despliegan en el *uso* del lenguaje, de los medios que el hablante emplea cuando razona, interpreta, planifica y organiza sus actos. Todo esto abarca lo que de manera informal se entiende como *pensamiento* (cf. Berwick y Chomsky 2016, p. 11). Así que tenemos ahora una distinción neta que no hay que perder de vista. De un parte, cierta información semántica que se configura al madurar la facultad innata del lenguaje, es decir: una vez que se accede al estado de la mente–cerebro que es la lengua–I. De otra, el modo en que se *pone en juego*, en que se *aplica*, esta información. Una cosa es que el rasgo de causatividad esté presente tanto en SEM (‘persuadir’) como en ‘ SEM (‘obligar’), pero no en SEM (‘recordar’), lo cual es información codificada en la lengua–I de muchos hablantes del español; otra cosa bien distinta es que un hablante use estas expresiones correctamente en alguna ocasión de habla. Por ejemplo, un hablante puede decir (o pensar) que Pedro recordó a María que debía tomar el

jarabe, sin pensar que de sus palabras se sigue que María lo tomó. En cambio, si ese mismo hablante dice que Pedro obligó a María a tomar el jarabe —y tiene SEM(‘obligar’) en su repertorio semántico—, no dejará de reconocer que María tomó la píldora. Esta asimetría de los *usos* de ‘recordar’ y ‘obligar’ ilustra que el Programa Minimista no fuerza a renunciar al argumento expuesto en la § 8. Las reflexiones de Wittgenstein acerca del lenguaje no son incompatibles con las de Chomsky, porque estos autores se interesan por proyectos distintos, posiblemente complementarios.

La segunda afirmación de Chomsky acerca del sistema conceptual refuerza la idea de la divisoria entre la lengua–I y el uso de los recursos cognitivos de que consta.³⁶ Es el hallazgo de que cambios en los usos de una expresión *E* echan raíces en el lenguaje y dan lugar a modificaciones de SEM(*E*). Chomsky llega a esta conclusión apoyándose en la idea de que, cuando *E* es una pieza del lexicón de la lengua–I, los rasgos de SEM(*E*) dotan al hablante de «perspectivas intrincadas y altamente especializadas desde la cuales [el hablante] ve [diversos aspectos del mundo] en que se hallan crucialmente implicadas las cosas que le interesan y conciernen, incluso en los casos más simples» (*NH*, p. 125). Estas perspectivas no están al margen de que esos intereses y concernencias se alteren, incluso profundamente. Como resultado de ello, también cambiará el uso de las expresiones y con ello la información semántica codificada en la lengua–I. Wittgenstein, reconoce Chomsky, se apercibe de ello cuando escribe que «Wittgenstein y Turing no adoptan la explicación externista canónica. Para Wittgenstein [...] las herramientas se usan tal cual son; y si el uso cambia, el lenguaje ha cambiado, [pues] el lenguaje no es más que la forma en que se usan las herramientas. [...] Dicho con nuestros términos, habrá un salto de la lengua–I que Wittgenstein describe a otras [lenguas]» (*NH*, pp. 44 y s.).

§ 10. Un conflicto aparente

Ascendamos ahora desde el nivel de los detalles a uno más alto para resumir y acentuar las razones de por qué la incompatibilidad de los puntos de vista de Wittgenstein y Chomsky acerca de la mente y el lenguaje humanos es más una leyenda de la filosofía contemporánea que una realidad.

La leyenda pierde todo su atractivo en el mismo momento en que entra en el

³⁶ En ocasiones, Chomsky (*NH*, *passim*) se refiere a los sistemas exteriores a la lengua–I como sistemas de actuación o sistemas ejecutivos (*‘performance systems’*). Cf. especialmente *NH*, pp. 27 – 32, 34 – 36 y 124 – 126. La idea de fondo estaba ya presente en la mente de Chomsky cuando preparaba su tesis doctoral. Véase Chomsky (1955/1975, p. 37).

escenario del debate la distinción entre el sistema computacional y el sistema conceptual. Ya que cada sistema aporta sus propias reglas y que éstas son abismalmente distintas entre sí, el conflicto se desvanece. Las reglas del sistema computacional no se constituyen socialmente. El entorno social es necesario para que la facultad del lenguaje se desarrolle desde su estado inicial hasta la lengua–I (e.d., hasta cada lengua–I individual). No se trata, sin embargo, de instituciones ni de reglas que rijan prácticas sociales. Son reglas que pertenecen al equipaje cognitivo privado de cada hablante. Pero ‘privado’ significa aquí tan sólo que su pertenencia a dicho equipaje es una propiedad de cada hablante *por separado*. En cambio, los principios del sistema conceptual sólo serían privados en aspectos muy particulares —según se acaba de argumentar en la § 9—. Las relaciones entre las piezas del lexicón (e.d., los predicados del lenguaje) pueden muy bien requerir el tipo de aprendizaje sobre el cual se pone el foco en los escritos de Wittgenstein y, de forma especial, sujetarse a la exigencia del carácter institucional del seguimiento de reglas. Más allá de esos aspectos, los principios del sistema conceptual se adquieren aprendiendo técnicas de uso público, esto es: técnicas que se adquieren en circunstancias que demandan el acuerdo con otros miembros de la misma comunidad de lenguaje. Así que podemos tener lo característico de ambas posturas en el mismo equipaje teórico por la sencilla razón de que al distinguir el sistema computacional del conceptual distinguimos igualmente dos clases de reglas de lenguaje. El error del defensor del conflicto estriba en manejar un concepto de regla de lenguaje claramente inapropiado, que ha hecho caso omiso de la evolución de las ideas de Chomsky sobre el lenguaje.³⁷

Un argumento análogo puede armarse a propósito de la incompatibilidad entre el naturalismo de Chomsky y la perspectiva social (o socio–cultural) de Wittgenstein. De nuevo, el momento decisivo del argumento es la separación del sistema computacional del sistema conceptual. Cada uno con sus principios y su génesis. El argumento traza una vía intermedia entre ambas posturas, porque entiende que son conciliables y aceptables simultáneamente. Los ingredientes naturalistas se engranan con los institucionales hasta el punto —como se señaló en la § 7— de resultar inseparables en cada episodio de actuación lingüística. Lo estrecho de este vínculo sugiere que hay aquí una doble determinación. Los ingredientes naturales crean cierta horma para el uso correcto de las piezas léxicas. A su vez, las modificaciones que el uso pueda sufrir en el medio social pueden acabar traducándose en cambios en las propiedades formales de esas

³⁷ Esto resulta patente tras constatar lo inadecuado por parcial de la bibliografía de Chomsky que se maneja en Moyal–Sharrock (2010), (2018) y Wright (1989).

piezas. Chomsky acepta ambos compromisos. Wittgenstein no lo hace, pero la sugerencia hecha acerca de cómo entender la roca dura del aprendizaje de conceptos y palabras abre las puertas a la consideración de que su punto de vista es compatible con la línea conciliadora aquí recomendada.

La comparación de la regla de Ensamblaje, del Programa Minimista, con las reglas cuyo seguimiento analiza Wittgenstein deja totalmente claro, de nuevo, que algún error muy básico ha tenido que cometerse al considerar las ideas de Chomsky y Wittgenstein acerca de la naturaleza del lenguaje y de la mente. El error se percibe con claridad ahora: mientras que Ensamblaje es una regla del sistema computacional, «predica “silla” de los objetos que son así-y-asá» podría entenderse como una regla del sistema conceptual. Las reglas de uno y otro sistema, por más que se sigan en tándem en todo episodio de actuación lingüística, tienen propiedades exclusivas y están sujetas a condiciones de aplicación netamente distintas. Según Chomsky, no se nos adiestra en el ensamblaje de constituyentes sintagmáticos, mientras que sí que se nos ha de enseñar a predicar «silla» de objetos de nuestro entorno. El choque entre Chomsky y Wittgenstein acerca de las reglas de lenguaje queda en poca cosa una vez que nos apercebimos de que las consideraciones de uno sobre las reglas que seguimos al usar el lenguaje se refieren a reglas que el otro no toma en consideración.

La actitud de que el conflicto no es real se recomienda por sí sola. Otras alternativas no resultan más prometedoras. Una primera pone todo su empeño en subrayar que Chomsky y Wittgenstein manejaron conceptos de gramática totalmente incompatibles. ¿Quién querría negar tal cosa? La gramática para Chomsky es Ensamblaje y las formas en que esta regla puede remedar los efectos de otros presuntos principios del sistema computacional. Desde luego, nada así hay en Wittgenstein. Ahora bien, el problema no estriba en indicar la diferencia entre los respectivos conceptos de gramática, sino en decir en qué se traduce. A este respecto, es mucho más rentable distinguir el sistema computacional del sistema conceptual que seguir apelando a otras distinciones que han ganado popularidad en la bibliografía wittgensteiniana. En realidad, podemos pensar en combinar lo mejor, o lo más sobresaliente, de ambas opciones. Sería una simplificación llena de riesgo entender el estudio de la gramática —o de la gramática profunda— tal y como la entiende Wittgenstein (*IF*, § 664), identificándola con el estudio del sistema conceptual. A efectos filosóficos, sin embargo, tiene interés pensar en el sistema conceptual a través del prisma de algunas ideas de Wittgenstein sobre el significado y el uso. Por ejemplo, a través del género de incompletud que sólo puede superarse con una visión sinóptica del uso de las expresiones. O asumiendo la necesidad de contar, junto a los usos

efectivos, constatados, de palabras y frases, con la invención de casos intermedios. Quizás sería atractivo plantear la investigación del sistema conceptual desde una perspectiva así.³⁸

En la § 4 (más arriba) se ha contrastado la opción de que el significado de una expresión es su uso con la de que hay componentes centrales del primero que el segundo no alcanza a revelar. El conflicto sería inevitable de no proporcionar las relaciones entre las expresiones, sus usuarios y las circunstancias en que se aplican o entienden indicios suficientes acerca de los componentes del significado y de su organización interna. Pero el propio Chomsky proporciona una razón de peso para evitar esa conclusión. De una parte, la afirmación de que el uso de una palabra o frase queda lejos de determinar su significado parece concluyente a condición de que se considere que aquel, y por tanto el seguimiento correcto de reglas, *únicamente* resulta de las disposiciones del hablante. La oposición de Chomsky a la tesis de que no hay en el significado de una expresión otra cosa que aquello que contengan las disposiciones a usarla es franca. (Y ya se ha tomado en consideración más de una vez en las páginas precedentes.) Pese a ello, Chomsky a veces se expresa de manera que puede inducir a equívocos. La lengua-I de mi hijo —por seguir con su símil de *RsL*, p. 246— no la configura mi interacción con él. Cierto: pero esto sólo significa que la lengua-I no se constituye por la interacción entre usuarios; es decir, por las disposiciones a las que esa interacción pueda dar lugar. Así que aclara mucho el panorama identificar con claridad el sentido en el que hay algo en el uso del lenguaje que no apresa el significado completo de sus expresiones. Es el sentido en que expresiones, usuarios y circunstancias de uso dan forma a sus disposiciones a actuar lingüísticamente de esta o aquella manera.

Hay, no obstante, otro sentido en que entre el uso de una expresión y su significado no existe *decalage* alguno o, cuando menos, ninguno relevante. El lingüista, o el científico cognitivo en general, atienden justamente al uso del lenguaje con una mirada informada, pues es en ese uso —aunque seguramente no sólo en él— en donde encuentran elementos de juicio con los que identificar el significado, sus componentes y su estructura. El argumento de peso al que se aludía en el párrafo anterior es simple: en cada episodio de actuación lingüística se dan, entrelazados hasta el punto de que su separación es un ejercicio propio de la teoría, los constituyentes del sistema computacional y los del sistema conceptual. Se equivoca quien defienda que el uso de palabras y frases tan sólo determina los elementos aportados por el segundo de estos sistemas, *y que en eso*

³⁸ Una forma alternativa de hacerlo, mucho más sistemática que la apuntada, es la que Brandom denomina Pragmatismo Analítico. Véase su Brandom (2008).

estriba el hecho de que el uso del lenguaje no puede aportar indicios suficientes de cuáles y cómo son los componentes puramente cognitivos del significado y de su organización interna, esto es: las estructuras de la mente/cerebro que derivan de la dote genética de la especie humana. El uso, con mayor o menor opacidad, pone en juego los recursos tanto del sistema computacional como los del sistema conceptual.

§ 11. Actuar conforme a reglas *vs.* actuar guiado por reglas

Para finalizar, me haré eco de la incomodidad que podría haber sentido algún lector por el modo en que llega Chomsky a la conclusión de que hay reglas del lenguaje que sigo *ciegamente*, como ilustrarían los ejemplos de los pares de oraciones (1) – (2) y (3) – (4). La incomodidad nacería del hecho de que si aceptamos que hay una facultad innata del lenguaje y que la actuación lingüística de sus usuarios está en parte determinada por la maduración de esa facultad, entonces los ejemplos puestos y otros que pudieran aducirse no serían casos de *seguimiento* de reglas. La actuación del hablante estaría causalmente gobernada por el estado de su mente/cerebro, pero nunca por el conocimiento de las reglas subyacentes, que estarían tan sólo al alcance del gramático. Retomando un clásico tema de la filosofía moral de Kant, Quine (1972) presenta la objeción en los siguientes términos: la actuación lingüística de los hablantes transcurre *conforme a* ciertas reglas de la teoría gramatical del lenguaje, se *ajusta a* o *cuadra con* ellas. El punto crítico es que no está *dirigida, guiada por* ellas. Es esto segundo lo que exigiría el seguimiento de reglas propiamente dicho, a saber: el conocimiento de las reglas y de cómo ese conocimiento se aplica en la situación que corresponda para causar la actuación pertinente. Para Quine, si los hablantes actuaran en conformidad con las reglas de la gramática, lo harían exactamente en el mismo sentido en que los cuerpos actúan en conformidad con las leyes de la física.

La réplica de Chomsky a esta objeción³⁹ se despliega en dos pasos. El primero —en el que no me detendré— rechaza que dicha actuación se ajuste por igual a todas las gramáticas que generen las mismas oraciones, es decir, que sean extensionalmente equivalentes e insiste en la realidad psicológica de una de ellas. El segundo paso —que es el que nos concierne ahora— rechaza que una regla (o un sistema de reglas) sólo pueda dirigir la actuación lingüística de los hablantes cuando éstos apliquen *conscientemente* las reglas que hagan al caso. O

³⁹ Esta réplica se encuentra ampliamente desarrollada en *RsL*, pp. 270–292. Véase también *CdL*, pp. 269–76.

cuando las apliquen tras haber aprendido conscientemente a hacerlo. De una u otra forma diré que las reglas *guían conscientemente* su aplicación. Es obvio que, salvo en casos excepcionales, los hablantes no aplican conscientemente las reglas de la gramática que dan cuenta de las peculiaridades de (1) – (2) y (3) – (4), respectivamente. Sin embargo, los escrúpulos que despierta la objeción no parecen justificados, puesto que existen razones para pensar que la disyuntiva de Quine, entre actuación *conforme a* reglas y actuación *guiada conscientemente por* reglas, no agota la gama de opciones posibles o que la transición de un extremo a otro es gradual. La complejidad de la actuación que revelan estos pares de oraciones —y lo mismo cabría decir de innumerables ejemplos más— hace razonable concluir que se debe a estados internos del hablante que desempeñan un papel crucial en la producción y en la comprensión lingüísticas. La postulación justificada de la existencia y constitución de dichos estados es suficiente para pensar que la actuación lingüística de los hablantes «está guiada por las reglas y principios de un sistema de conocimiento y, de hecho, no son éstos accesibles en general a la conciencia» (*CdL*, p. 283). Sería erróneo pensar, y esto vale para la posición de Quine, que no puede haber más conducta guiada por reglas que la guiada conscientemente. Entre la conducta guiada conscientemente y la conducta que meramente se ajusta a reglas parece haber espacio intermedio para el gobierno inconsciente o tácito por reglas de la conducta lingüística.

Pues bien, esta conclusión no sólo no contradice las ideas de Wittgenstein a propósito del seguimiento de reglas, sino que resulta afín a ellas. De una parte, la lengua–I puede verse como parte de una hipótesis compleja mediante la cual querríamos dar una explicación causal de ciertos aspectos sutiles de la actuación lingüística, «modelos para la explicación, para el resumen, de lo que percibes» (*IP*, § 156). Desde este punto de vista, la lengua–I «es un estado *del cual* brota el empleo correcto [de las palabras]» (*IF*, § 146). Una vez tomado este rumbo, el choque entre Wittgenstein y Chomsky es ilusorio, porque sus objetivos son tan distintos que sería un serio error confundirlos. Si lo que nos interesa es entender transacciones de orden conceptual, no causal, entonces la lengua–I no es el lugar donde hacer nuestras pesquisas. En la § 5 he dejado constancia de que Wittgenstein rechazaba que el seguimiento de reglas sea inevitablemente una práctica racional o, cuando menos, sujeta a normas. Efectivamente, cuando doy cuenta de mi conducta, puedo con frecuencia justificarla con razones. Sin embargo, éste no es siempre el caso. Sucede también, y esto es lo común al inicio del aprendizaje, que sólo nos quede admitir que no tenemos explicaciones que dar, razones que aportar; y que es simplemente de esta o de aquella manera como hemos hecho las cosas en situaciones idénticas o parecidas. Llegados a un cierto

punto, las razones se acaban. Estamos en el nivel de seguimiento de reglas que McDowell ha descrito como *básico* (McDowell 1984, §§ 5 ss.). La pala con la que excavamos alcanza roca dura y se dobla. ¿Por qué se menciona la marcha de Pedro, no la de Juan, en (1)? ¿Por qué en (2) eso sólo se hace con la de Juan, y no la de alguien implícitamente aludido? Estas diferencias llaman la atención por el parecido entre las oraciones (1) y (2), pero tenemos razones que las expliquen. Hablamos y entendemos estas oraciones así, sin poder justificar racionalmente cosas que todo hablante del español parece conocer bien. En el nivel básico, simplemente actuamos. Esto no significa que Wittgenstein hubiera entrevisto la realidad de la competencia lingüística, tal y como la concibe Chomsky. Significa, más bien, que las categorías que empleaba el filósofo vienés dejan espacio suficiente a esa realidad. No parece empresa fácil reconocer que el ejercicio de la competencia lingüística encuentra un lugar natural en el nivel básico del seguimiento de reglas. Ello debería poner bajo sospecha el supuesto conflicto entre los puntos de vista de Chomsky y Wittgenstein acerca de la comprensión y la producción lingüísticas

§ 12. Conclusión

En estas páginas he presentado, primero, diversas formas de elaborar un argumento que mostraría que las concepciones de Chomsky y Wittgenstein acerca de la naturaleza del lenguaje y del conocimiento que tienen de él sus usuarios están lejos de ser irreconciliables. Para ello he tomado en cuenta el papel de las reglas, de las convenciones lingüísticas, del uso de palabras y frases, de la respectiva forma de hacer frente a la Paradoja Escéptica o del carácter normativo (en oposición a natural) del lenguaje, su comprensión y uso. En segundo lugar, he argumentado de forma reiterada que esa presunta incompatibilidad se desvanece cuando tomamos en serio la distinción que Chomsky introdujo hace muchos años, aunque explícita a partir de Chomsky (1980/1983), entre el sistema computacional de la lengua y el sistema conceptual de la lengua. Simplemente, el ideario filosófico de Chomsky hace referencia al componente computacional de la competencia lingüística de los hablantes; mientras que las reflexiones de Wittgenstein arrojan luz sobre un segundo componente, el conceptual, que se entrelaza con el primero en cada caso de ejercicio de esa competencia. Vistas las cosas desde esta perspectiva, cobra sentido la afirmación de Chomsky —que viene de lejos, al menos desde Chomsky (1955/1975)— de que es muy posible que la investigación lingüística sólo se despliegue en dos grandes ámbitos: el estudio de la gramática, a cargo de la fonética y la sintaxis, y el del uso del lenguaje, a cargo de la pragmática (*NH*, p.

132).

REFERENCIAS

- ACERO, Juan José (2003). «Wittgenstein y la Teoría del Doble Código». En *Viejos y nuevos pensamientos. Ensayos sobre la filosofía de Wittgenstein*, ed. Juan José Acero, Luis Flores y Alfonso Flórez. Granada: Comares. pp. 59–77.
- ANTONY, Louis and Norbert Hornstein, eds. (2003). *Chomsky and His Critics*. Oxford: Blackwell Publishing. DOI: 10.1002/9780470690024
- BENNETT, M. R. y Hacker, P. M. S. (2003). *Philosophical Foundations of Neuroscience*. Oxford: Blackwell Publishing.
- BERWICK, Robert (2017). «A Feeling for the Phenotype». In *The Cambridge Companion to Chomsky*, ed. McGilvray, Cambridge: Cambridge University Press. pp. 87–109. DOI: 10.1017/9781316716694.005
- BERWICK, Robert and Noam Chomsky (2016). *Why Only Us: Language and Evolution*. Cambridge, MA.: The MIT Press. DOI: 10.7551/mitpress/9780262034241.001.0001
- BILGRAMI, Akeel (1992). *Belief and Meaning*. Oxford: Blackwell.
- BLACKBURN, Simon (1984). «The Individual Strikes Back Again». *Synthese* 58, no. 3, pp. 281–301. DOI: 10.1007/BF00485244
- BRANDON, Robert B. (2008). *Between Saying and Doing: Towards an Analytic Pragmatism*. Oxford: Oxford University Press. DOI: 10.1093/acprof:oso/9780199542871.001.0001
- CANFIELD, John V. (1966). *Wittgenstein: Language and the World*. Amherst, MA: University of Massachusetts Press.
- CHOMSKY, Noam (1955/1975). *Logical Structure of Linguistic Theory*. New York: Plenum.
- CHOMSKY, Noam (1969). «Some Empirical Assumptions in Modern Philosophy of Language». In *Philosophy, Science, and Method*, ed. Morgenbesser, Sidney, Suppes, Patrick and White, Morton. New York: Saint Martin's Press. pp. 260–285.
- CHOMSKY, Noam (1971). «Linguistics and Philosophy». In *Language and Philosophy: A Symposium*, ed. Sidney Hook. New York: New York University Press. pp. 51–94.
- CHOMSKY, Noam (1972/1977). *El lenguaje y el entendimiento [L&E]*, trad. Juan Ferraté y Salvador Oliva. Barcelona: Ariel.
- CHOMSKY, Noam (1975/1979). *Reflexiones sobre el lenguaje [RsL]*, trad. Joan A. Argente. Barcelona: Ariel.
- CHOMSKY, Noam (1980/1983). *Rules and Representations [R&R]*. New York:

Columbia University Press.

CHOMSKY, Noam (1986/1989). *El conocimiento del lenguaje. Su naturaleza, su origen, su uso* [CdL], trad. Eduardo Bustos Guadaño. Madrid: Alianza Universidad.

CHOMSKY, Noam (1993). *Language and Thought* [L&T]. London: Moyer Bell.

CHOMSKY, Noam (1995/1998). *El programa minimalista*. Madrid: Alianza Universidad.

CHOMSKY, Noam (2000). *New Horizons in the Study of Language and Mind* [NH]. Cambridge: Cambridge University Press. DOI: 10.1017/CBO9780511811937

CHOMSKY, Noam (2002). “Indagaciones minimalistas”. In *El lenguaje y la mente humana*, ed. Chomsky, Noam, et al. Barcelona: Ariel. pp. 21–49.

CHOMSKY, Noam (2003). *La arquitectura del lenguaje*. Ed. Mukherji, N., Patnaik, B. N. and Agnihotri, R. K. Barcelona: Kairós.

FODOR, Jerry (1998). *Concepts. Where Cognitive Science Went Wrong*. Oxford: Clarendon Press. DOI: 10.1093/0198236360.001.0001

FODOR, Jerry (2008). *LOT 2: The Language of Thought Revisited*. Oxford: Clarendon Press. DOI: 10.1093/acprof:oso/9780199548774.001.0001

FODOR, Jerry and Ernie Lepore (2002). *The Compositionality Papers*. Oxford: Clarendon Press.

GLOCK, Hans-Johann (1996a). *A Wittgenstein Dictionary*. Oxford: Blackwell Publishers. DOI: 10.1111/b.9780631185376.1996.x

GLOCK, Hans-Johann (1996b). «Abusing Use». *Dialectica* 50: pp. 225–253.

GRICE, Paul (1986). “Reply To Richards”. In *Philosophical Grounds of Rationality*, ed. Grandy, R. and Warner, R. Oxford: Clarendon Press. pp. 45–107.

HACKER, P. M. S. (1996). *Wittgenstein's Place in Twentieth-Century Analytic Philosophy*. Oxford: Blackwell Publishers.

HOLTZMANN, Steven and Leich, Cristopher, eds. (1981). *Wittgenstein: To Follow a Rule*. London: Routledge & Kegan Paul.

HORNSTEIN, Norbert (2017). «On Merge». In *The Cambridge Companion to Chomsky*, McGilvray, ed. 2nd ed. Cambridge: Cambridge University Press. pp 69-86

KRIPKE, Saul (1982). *Wittgenstein on Rules and Private Language*. Oxford: Basil Blackwell.

LEWIS, David (1983). «Languages and Language». In *Philosophical Papers*, vol. 1. Oxford: Oxford University Press. pp. 163–188 DOI: 10.1093/0195032047.003.0011

MCDOWELL, John (1984). «Wittgenstein on Following a Rule». *Synthese* 58, no. 3,

- pp. 325–363. DOI: 10.1007/BF00485246
- MCGILVRAY, James (1998). «Meanings Are Syntactically Individuated and Found in the Head». *Mind and Language*, vol. 13, num. 2, pp. 225–280. DOI: 10.1111/1468-0017.00076
- MCGILVRAY, James, ed. (2017). *The Cambridge Companion to Chomsky*. 2nd ed. Cambridge: Cambridge University Press. DOI: 10.1017/9781316716694
- MILLER, Alexander and Crispin Wright, eds. (2002). *Rule-Following and Meaning*. Chesham: Acumen.
- MORAVCSIK, Julius (1977). «Aitia as a Generative Factor in Aristotle’s Philosophy». *Dialogue*, vol. 14, no. 4, pp. 622–636. DOI: 10.1017/S001221730002655X
- MORAVCSIK, Julius (1990). *Thought and Language*. Londres: Routledge.
- MOYAL–SHARROCK, Danièle (2010). «Coming to Language: Wittgenstein’s Social ‘Theory’ of Language». In *Language and World: Essays on the Philosophy of Wittgenstein*, Part One, ed. Munz, V., Puhl, K. y, Wang, J. Heusenstamm: Ontos Verlag. pp. 291–314
- MOYAL–SHARROCK, Danièle (2018). «Wittgenstein hoy». In *Guía Comares de Wittgenstein*, ed. Juan José Acero. Granada: Comares. pp. 197–218
- PIETROSKI, Paul (2003). «The Character of Natural Language Semantics». In *Epistemology of Language*, ed. A. Barber. Oxford: Oxford University Press. pp. 217–256.
- PIETROSKI, Paul (2005). «Meaning Before Truth». In *Contextualism in Philosophy*, ed. Preyer, G. y Peters, G. Oxford: Oxford University Press. pp. 253–300.
- PIETROSKI, P (2006). «Character Before Content». In *Content and Modality. Themes from the Philosophy of Robert Stalnaker*, ed. Thomson, J. y Byrne, A. (eds.)- Oxford: Clarendon Press. pp. 34–60
- PIETROSKI, Paul (2017). «Semantic Internalism». In *The Cambridge Companion to Chomsky*, McGilvray, James, ed., 2nd ed. Cambridge: Cambridge University Press. pp 196-216
- PUSTEJOVSKY, James (1995). *The Generative Lexicon*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- QUINE. Willard. (1972). «Methodological Reflections on Current Linguistic Theory». In *Semantics of Natural Language*, ed. Harman, G. y Davidson, D. Dordrecht, Holland: Reidel. pp. 442–454. DOI: 10.1007/978-94-010-2557-7_14
- SMITH, Neilso. (1999). *Chomsky: Ideas and Ideals*. Cambridge: Cambridge University Press. DOI: 10.1017/CBO9781139163897
- STEGMÜLLER, Wolfgang (1969). *Main Currents in Contemporary German, British and*

- American Philosophy*. Dordrecht: D. Reidel. DOI: 10.1007/978-94-010-3375-6
- THORNTON, Tim. (1998). *Wittgenstein on Language and Thought*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- WILLIAMS, Meredith (1999). *Wittgenstein, Mind and Meaning*. London: Routledge.
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1968). *Los cuadernos azul y marrón*, trad. Francisco Gracia Guillén. Madrid: Tecnos
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1988). *Investigaciones filosóficas [IF]*, trad. Alfonso García Suárez and Ulises Moulines. Barcelona y México: Crítica and UNAM.
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1987). *Observaciones sobre los fundamentos de la matemática*, trad. Isidoro Reguera. Madrid: Alianza Universidad.
- WRIGHT, Crispin (1989). «Wittgenstein's Rule-Following Considerations and the Central Project of Theoretical Linguistics». In *Reflections on Chomsky*, ed. Alexander George. Oxford: Blackwell. pp. 233–264.



NOTES ON CONTRIBUTOR

Juan José Acero (Madrid, 1948) is Professor emeritus at the University of Granada (Spain) where he has been lecturer and investigator since 1978. He specialises in language philosophy, philosophy of the mind and analytic philosophy. The long list of publications include the books *Lenguaje y filosofía* (Barcelona, 1993), the anthology *Symposium Quine* (editor, Granada, 1993), the edition together with Tomás Calvo of Volume I of *Filosofía de lenguaje (Semántica)* of *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía* (Madrid 1998) and two collections of essays about the philosophy of Wittgenstein: *Viejos y nuevos pensamientos: ensayos sobre la filosofía de Wittgenstein* (Granada, 2003) and *Guía Comares de Wittgenstein* (Granada, 2019). His works include a long list of essays and articles about the work of Russell, Wittgenstein, Carnap, Quine, Putnam and Grice. His most recent investigations deal with questions concerning the philosophy of Wittgenstein (the concepts of colour and rule following), Chomsky (and the critique of the New Theory of Reference) and the philosophy of emotions and imagination.

POSTAL ADDRESS

Departamento de Filosofía I, Campus Cartuja, s/n, 18071, Universidad de Granada, Granada, España. e-mail (✉): acero@ugr.es

HOW TO CITE THIS ARTICLE

Acero, Juan José (2019). «Wittgenstein vs. Chomsky: recortando distancias». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 8, no. 9: pp. 00–00.